

Ningún rincón prohibido

PILAR EVA PALACIO

Ningún rincón prohibido

Edición de Andrés Mencía

Patrañas Ediciones

Ilustraciones y diseño de Portada
de Manuel Santiago
Fotografías
de Ana Isabel García

Noviembre de 2003

© Pilar Eva Palacio
© Colectivo de Escritores Patrañas
Edita: Patrañas Ediciones
C/ Dinamarca, 5, Esc. 1ª, 7º Ctro.
28916 - LEGANÉS (Madrid)
Tlf. 91 686 34 82

I.S.B.N.: 84-931541-4-8
Depósito Legal:
Imprime: Gráficas URGEL

*A mis padres Pepita y Ángel,
por enseñarme que la vida
también era una auténtica comedia*

Presentación

Pilar Eva Palacio escribe, según propia confesión, desde que se enamoró de Peter Pan a la temprana edad de los mocos, que es cuando suelen aprender a leer y escribir los hijos de los buenos profesores. Su madre, Pepita Menéndez Pablos, ejercitaba con las hijas, Pilar Eva es la mayor, su gran sabiduría pedagógica mientras el padre, Ángel Palacio Gros, daba clases de Geometría Analítica y Análisis Matemático en la Universidad Central de Caracas: matrimonio de exiliados políticos, de los muy primeros luchadores clandestinos contra el franquismo, huidos en 1945 a resultas de una caída que los implicaba y que no volverían a este país hasta la muerte del dictador.

Pilar Eva Palacio creció, pues, entre las orquídeas por parte de Venezuela y las superficies helicoidales por parte de padre. Pero desde muy temprana edad se decantó por las orquídeas. Lo hizo, como es lógico, para proteger su imaginación de las curvas trascendentes, coordenadas homogéneas o planos osculadores que transitaba el matemático, jurándose, no obstante, publicar libros como él, aunque más divertidos.

Es por lo que nuestra autora continuó escribiendo después de dejar a su Pan. Hasta ahora había publicado relatos sueltos, pero no conseguía editar su libro, ese volumen otra vez presidido en la portada por el apellido Palacio, pero antecedido de su propio nombre, Pilar Eva, y cuyo título no se pareciese en nada a lo de *Teoría geométrica de las secciones cónicas* o *Curvas pla-*

nas y alabeadas.

Por fin ve cumplido el juramento con este título que suena a orquídea de verdad, la flor más locamente hermosa: *Ningún rincón prohibido.*

Y ya su autora se está buscando otras fronteras.

Pero Pilar Eva Palacio protegió con tal esmero la imaginación durante su viaje en silla de ruedas por la vida que sus cuentos han aprendido tanto de la elegancia de la orquídea como de la consistencia de las fórmulas algebraicas de la teoría de superficies de su padre. Se imponen al lector con la arrogancia de lo más liviano, una caricia al paso, por ejemplo, o una sonrisa, aunque también han sabido seducir a los jurados más exigentes, incluso a los formados por sus propios rivales en la puja, que ya es el colmo, como ocurriera en el III Concurso de Cuentos Desterrados, cuando un relato suyo ganó en la votación de los 75 autores que participaban y que se habían leído todos y cada uno de los cuentos presentados. No ha sido este el único certamen ganado por la autora.

El presente libro ha surgido como la mayoría de los libros de cuentos, más como un compilatorio que como un proyecto estructurado. Los antecedentes explican el delito: había que poner orden en una obra cada vez más abundante y dispersa, y a ello se ha dedicado la autora durante el último año, permitiendo al que suscribe ser en esta labor su consejero.

Cada uno de los relatos reunidos no obedeció a otro plan, en origen, que al impulso creador de su autora. Pero todos tienen sello, sin embargo: su pericia, su gracia y, sobre todo, su inteligencia y su compromiso con la vida. Precisamente, el pacto con la vida y la imaginación que selló la autora en sus tempranas conversa-

ciones con Peter Pan es lo que proporciona al libro la unidad casi estructural con que nos seduce.

Y cada relato tendrá su propia voz narrativa, sus personajes, su trama, su espacio, su tiempo, su punto de vista y sus disparates, pero la unidad del conjunto se percibe desde lo más difícil, en ese tono entre alegre y cabreado, entre lúcido e insensato que reclama la risa, la emoción e incluso hasta el agradecimiento. Un tono, una voz o un estilo personal que sólo alcanzan los buenos escritores, justo lo que envidiamos de los maestros.

Pero la propuesta de Pilar Eva Palacio en sus relatos no es únicamente buena prosa. Para Pilar Eva Palacio la vida es subversiva y es por ello que proclama cada vez que tiene ocasión que la literatura más brillante será siempre la que le pone cascabeles a la vida.

Ella dice que contra la vida hay un gran fumigador que es la esclavitud (a esta fórmula aprendida de su padre comunista no ha querido renunciar), se llame trabajo no deseado o norma infamante, se viva en Madrid o en Monrovia, en una residencia del IMSERSO, en un chalet adosado, en la choza o en la dacha.

Pues bien, la literatura que no desbroza caminos y argumentos contra ese envenenador de la alegría que es la esclavitud no le merece a Pilar Eva mucho respeto. Gilipollas, gilipollas, gilipollas será el latiguillo que se le escape con más frecuencia, referido generalmente al militante del consumo. Y es que su compromiso con la libertad y la lucidez arrastra a la escritora hasta la carcajada, y al lector con ella.

En sus relatos, sorprenden incluso más sus circunloquios que sus audacias. Sus circunloquios son una originalidad estilística que su voz narrativa maneja con precisión de relojero, pero son sobre todo una delicia.

No me resisto a entresacar algunos:

"Yo amo la libertad más incluso que las caricias"

"Dios mío, me gustan los jovencitos"

"En Madrid va el tiempo tan rápido que te pierdes los detalles, si es que no te pierdes completamente"

"Eso de la normalidad casi es mejor que tenga las menos normas posibles"

"Nunca, nunca he conseguido aprender a bailar"

"Como no me gusta rezar a nadie, pues por eso soy atea"

"Tengo que reconocer que no vivo tan mal"

Y téngase en cuenta que esto y todo lo que vais a leer en el libro se ha escrito desde una silla de ruedas y por una autora que es parálitica cerebral. No puede por menos que estar muy cerca de la verdad.

Si es que cuando terminas de leer *Ningún rincón prohibido* te dan ganas de salir a la calle a gritar, tú también, ¡¡¡G i l i p o l l a s!!! Si no lo haces es porque la gilipollez ya te tiene atrapado.

¿Queda alguien ahí fuera que no viva como un gilipollas? Casi todos estamos mal y el mundo tampoco va muy bien. La lectura de estos relatos nos puede empujar, de todas formas, en alguna buena dirección.

Andrés Mencía

Ningún rincón prohibido

Tengo que agradecer a un montón de personas
su apoyo durante este maravilloso viaje
de parir mi libro de cuentos.
Sois muchas, ni os podéis imaginar cuántas.
El recuerdo de cada uno de vosotros me hace llorar
durante esos días que estoy más blanda.
A todos a todos mi gratitud,
que es lo más auténtico que poseo,
pero es que a todos, de verdad.
Y no me atrevo a nombraros porque no podría
perdonarme el tener que escoger
de entre vosotros a unos cuantos,
puesto que no dispongo de las páginas suficientes
para que no faltéis ninguno.
A todos a todos a todos, gracias.

Índice

La soledad del pez	17
Los invisibles	23
Metamorfosis	29
Campanilla	33
Mi torico	37
Rock and roll	45
No tiene ningún misterio	51
A finales del siglo XXII	57
En el Renato	61
Mis bragas	65
Los bajos fondos	69
Así fue como pasó	79
Están como cabras	83
La silla eléctrica	87
Volver a mamá	93
De una en una, por favor	97

Todos los perros son listos	103
Un gato en tu página web	107
Pisar mierda	111
Esperando el ascensor	113
Octubre	117
Polvos milagrosos	123

La soledad del pez

Hoy he vuelto a levantar la cabeza del libro y he mirado por la ventana de mi habitación otra vez hacia el banco donde él se tumbaba este verano mientras el sol calentaba con más pasión. Me estoy dando cuenta de que le echo de menos.

El otoño avanza, el sol es ahora un tímido adolescente apenas ruborizado entre las nubes, y yo no le olvido.

Se llama Fermín y su nombre fue la primera confianza.

La mañana que nos conocimos el sol te freía por fuera y la calima te refreía por dentro. Había que pensárselo muy bien antes de salir a la calle.

En ello estaba yo, pensándomelo a la sombra en la entrada a la residencia, cuando oí que se acercaba una silla inconfundible y muy querida, eléctrica, por supuesto, sobre la cual monta mi caballero rodante, que, al divisarme, me invitó a dar una vuelta por el cercano

parque.

O sea, que no tuve que pensar más.

La verdad es que no ha salido aún el sol que me detenga. Un paseo siempre es la mejor opción, sobre todo bien acompañada.

Ni calor ni flojera serían impedimentos para otra vuelta al mundo con mi caballero, aunque tampoco hay que exagerar, pues estos paseos siempre son un estímulo para mí, pero no por mi caballero, que al poco de rodar y rodar (como en el tango) comienza a dar cabezadas y no tengo más remedio que aparcarlo bajo alguna sombra fresquita hasta que se le pasa la modorra, que le dura por lo general toda la mañana.

Hoy la verdad es que hasta las hojas del árbol de la sombra estaban amodorradas.

Pero a mí no me detuvo este contratiempo y continué mi descubierta por el parque, como tantas veces, en busca de una buena lipotimia bajo el tórrido cielo.

Lo que encontré, sin embargo, fue más saludable: un torso desnudo, allá en la lejanía, y unos músculos que parecían de acero, por más que el tipo estaba en reposo, tumbado al sol.

A medida que me acercaba el cuerpo parecía aún más bello, de contornos nítidos, sin un mal pelo. Dios mío, me gustan los jovencitos.

El chico tenía los ojos cerrados y no me veía. Cuando alcancé su banco me entró el miedo otra vez.

Porque yo tengo un problema que, resumiendo, se puede describir como un problema de comunicación, y ello es que los gilipollas no me entienden.

La verdad es que, en su momento, me hice muy amiga de mi logopeda, que también era jovencito, y lo que menos hicimos durante las clases aquellos años fue

trabajar mi dicción.

Ahora los gilipollas no me entienden y el contra-tiempo me produce inseguridad, pues tengo comprobado que hay muchísimo gilipollas. Pero tampoco es que esta circunstancia me corte en exceso.

-Oye, tío, yo a ti te conozco de algo -le dije, despertándolo de su letargo.

Me di cuenta de la gilipollez que había dicho cuando miré mejor su cara: si hubiera visto a este ángel una vez tan sólo no me estaría preguntando ahora dónde, pues no lo habría podido olvidar.

Pero más gilipollez hubiera sido preguntarle la hora, porque no llevaba reloj. Ni reloj ni pantalones ni camiseta, no llevaba casi nada encima, qué cuerpo.

-Pues no te digo que no me conozcas, porque yo a ti te veo mucho -me contestó el chico, muy amable.

-¿Y por dónde me miras? -me había intrigado: me entendía y, además, tenía la jeta de vacilarme- ¿No me espías por el ojo de la cerradura?

-No -explicó él-. Vengo a torrarme todos los días a este banco y tú paseas mucho por el parque.

No me vacilaba. Se había fijado en mi cuerpo, o sea, en mi silla. Increíble.

-Me llamo Fermín -me dijo luego, presentándose.

-Y yo, Pilar Eva, o sea, Pilar Eva.

Este primer día sólo hablamos de los perros, que dejan más flores en el parque que los mismos rosales.

Por cierto, yo soy una experta en esquivar flores de perro entre el césped, que como les lleguen a los de la OTAN estos elogios de mi olfato capaces son de secuestrarme para que les limpie de minas los caminos del imperio. Pues que lo sepáis: si voy a trabajar con niños así, me apunto.

Se acercaba la hora de comer y mi caballero continuaría bajo el árbol espantando los pájaros con sus roncidos.

Me despedí de Fermín y puse rumbo al chopo guiada por esa nota discordante del gran quejido en la paz del mediodía.

Allí estaba mi caballero, vencida su cabeza y profundamente dormido. Me quedé un ratito contemplándole, pero el sol pegaba de hostias para ponerme romántica. Además, que se hacía tarde y, en las residencias, lo mismo que te ponen el rancho, te lo quitan de la mesa y comes flores.

-Tío, despierta, que vamos tarde -tengo que reconocer que no valgo para despertar con un beso. No, por lo menos, cuando hay prisa, estamos a cuarenta grados a la sombra y Cenicienta ronca.

-¡Qué susto me has dado! -protestó el caballero.

Pero llegamos a tiempo y pudimos comer.

Pasó la tarde, refrescó durante la noche, amaneció un nuevo día y yo contaba los minutos para salir al parque.

No esperé a que me buscara mi caballero rodante. Fui yo a su habitación, pero estaba afeitándose y él se toma muy en serio esas cuchillas.

Así que no le esperé y me largué yo sola en busca del chico.

Fermín todavía estaba más negro que el día anterior.

-¿Pero cómo puedes pasarte toda la mañana ahí tumbado? -pregunté, por si el chico estaba deprimido.

-¿Se te ocurre algo mejor que hacer? -preguntó Fermín a su vez.

No se me ocurría nada y me prometí no volver a ir de madre gilipollas con él.

Y hoy me confesó que era de Pamplona y que le gustaba mucho la montaña. Pero que también le gustaba mucho tomar el sol y que Leganés era un buen sitio para torrarse.

-Soy de Pamplona -dijo Fermín.

-Lógico -contesté yo.

-Este sol seco me despeja la cabeza más que el sol del mar.

-Yo, en cambio, prefiero El Retiro para tomar el sol, pero me cuesta un ovario el eurotaxi.

También me confesó que por la tarde no venía al parque porque iba a esperar a su chica a la salida del trabajo, que trabaja en correos de Chamartín.

Al día siguiente también volví. En realidad, volví todos los días de julio, pues en agosto se fue con su chica a la selva de Irati.

Venía con mi caballero rodante, le dejaba roncando bajo el mejor chopo para que no se me insolara y buscaba a mi chico.

-¿Y folláis todos los días, tu novia y tú? -pregunté yo un día.

-Sí, todos los días. ¿Y tú? -preguntó el chico a su vez.

No le contesté, para qué preocuparle. Tenía buen rollo y sentí mucho cuando me anunció que no volvería.

-Hoy es el último día que trabaja mi novia y mañana nos vamos al valle de Irati.

¿Os imagináis lo que no sentirá un pez, por siempre rodeado de agua por arriba y por abajo en medio del infinito océano, cuando de pronto observa que un buzo se acerca a su mundo y se para y lo mira?

La residencia es mi mar aburrido, siempre las mismas caras, siempre las mismas conversaciones, y el

chico del parque fue durante todo el mes de julio como mi buzo.

Pero se fue el buzo que se asomaba a mis mañanas y el parque no se ha vuelto a poblar. Su banco continúa vacío.

Los invisibles

*A Ana Velasco y Roberto Mendoza
siempre al loro y percatándose*

María y Ángel se pasan las mañanas de cháchara a la puerta de la residencia. Les gusta la sombra y el paille, sobre todo durante estas mañanas lentas y limpias, con sol, de primavera.

Las vidas de María y Ángel han tenido poco en común, si bien los dos se hablan y se escuchan ahora desde sillas de ruedas vendidas por el mismo fabricante.

-Por cierto, que los fabricantes de sillas de ruedas se forran, te clavan por cada una medio kilo, o sea, tres mil euros. ¡Ni que una silla de ruedas fuese el papamóvil! -esto lo dice María.

-Los negocios son los negocios. Y a los minus sólo se nos ve para sacarnos la pasta, o cuando vamos al banco -esto lo dice Ángel con mucha seguridad.

-¿Cómo es eso? -se sorprende María, que, aunque no lo parezca, también escucha algunas veces y sabe hacer las preguntas pertinentes.

Repito que María y Ángel son muy distintos.

María es parálitica cerebral y no conoció el mundo

sino desde su silla y sus movimientos espásticos. Siempre ha vivido con la silla pegada al culo y no echa de menos unas piernas para correr porque, sencillamente, siempre se ha arreglado sin ellas. Su biografía y su mundo se hicieron desde su silla. Lo mismo si recuerda a su padre muerto que a su madre anciana, la silla está presente.

-Como si quisiera recordar que en el vientre de mi madre ya andaba yo en silla de ruedas -le ha confesado María a Ángel alguna vez.

-Serían premoniciones del feto -le contestó su confidente aquel día, pues ya no cree sino en el mal fario.

A Ángel, en cambio, le falló el quitamiedos de la derecha y un poco la vista. Se iba durmiendo al volante, a los treinta años, y su coche se fue al barranco, lo suficientemente hondo como para matar a toda su familia y dejarle a él muy averiado.

-Lo que más echo de menos son mis piernas -le confiesa a María-, más incluso que a mi mujer y a mis hijos.

Son las historias de esta residencia.

La verdad es que a mí no me gusta darle muchas vueltas a tanta desgracia porque siempre llegas a la misma conclusión, que donde vives no es el mejor lugar del mundo. Una conclusión que sólo sería saludable si sirviese para largarte de aquí, pero no puedes hacerlo, o para mejorar la vida de los residentes, que me temo que tampoco para eso sirve gran cosa.

Os estaba contando que María había preguntado a Ángel aquella mañana qué era eso de que los minus somos invisibles. Y os decía también que Ángel echaba mucho de menos sus piernas, o sea, que había tenido otra vida antes de ver pegado su culo a la silla para

siempre.

Y os lo repito porque los que se ganan la silla después de una vida más suelta (y hablo de vida suelta más que de vida normal porque eso de la normalidad casi es mejor que tenga las menos normas posibles, porque dejas la normalidad en manos de jueces o legisladores, por ejemplo, y ya todos somos jueces y legisladores y nos ponemos a quemar anarquistas o judíos o gitanos y a apalear inmigrantes, que viene a ser lo mismo), estos minus parece como si vieses cosas diferentes en su silla nueva de las que vemos los que gastamos sus ruedas desde siempre.

-Yo a veces sueño en moviola -le confiesa, por ejemplo, Ángel a María.

-¿No me digas que quieres hacerte árbitro de fútbol?

-No. Me refiero a la moviola de mi accidente. A veces sueño que no doy aquel volantazo y que llegamos todos a casa sanos y salvos después de las mejores vacaciones de nuestra vida.

-Y después te despiertas cabreado -lamenta María, que, como yo, tampoco gusta de las historias tristes.

-No, después lloro. Cómo me gustaría que el final de la moviola fuese gol de verdad -confiesa Ángel.

Son tan distintos uno y la otra, pues, que por huevos tienen que ver cosas diferentes cuando miran a sus coetáneos, o sea, a sus vecinos, a esos que pasan por la acera, que tampoco hay que exagerar la encuesta.

-Yo, ahora que tengo más tiempo, -dice Ángel- me fijo en cosas que antes no reparaba y he llegado a la conclusión de que los minus tenemos un don.

-¿Vosotros, los nuevos, o nosotros, los más veteranos? -pregunta María, un poco escéptica.

-Todos.

-¿No te referirás a eso de que damos suerte en la lotería de Navidad? Porque yo creo que todos los cabrones que se hacen ricos cada año con el gordo a nosotros no nos deben nada. No sé qué santo les ayudará, pero nosotros no intervenimos. Y que con su pan se lo coman, que no es lo mismo eso que la plusvalía que enriquece a los patronos o la estafa que hace al banquero un estafador muy rico.

-Controla la lengua, María, que soy neoliberal.

-Si todavía tú te vas a quitar la pensión para bajar los impuestos.

-Soy neoliberal para enriquecerme sin complejos, no para hacer el gilipollas.

-Si me enseñas cómo se hace dinero sin joder al prójimo, me cambio de chaqueta -promete María a su amigo-, pero hasta ahora lo que yo veo es que los ricos se enriquecen y los demás les miramos cómo nos dan por culo.

Cuando sale este tema en la conversación, o algún discurso del presidente del Banco Mundial, ya no hablan de otra cosa.

Pero hoy Ángel no quería discutir.

-Te digo, María, que cuando estoy aquí en la puerta tomando el sol y pasa algún tío por la acera, o alguna tía, estoy seguro de que no me van a ver.

-¿Pero el don es sólo tuyo o lo compartes? -insiste María.

-Pasa con todos los minus, no nos ven.

-Pues conmigo no tropieza nadie en el Alcampo, y eso que está siempre a tope.

-Este es precisamente el mayor misterio de nuestro don. Yo, incluso, me atravieso en la acera a veces y he comprobado que quien viene caminando consigue pa-

sar entre mi silla y el coche aparcado por un espacio inverosímil, pero a mí no me ha visto.

María estaba un poco escéptica.

-Que no nos hacen ni puto caso, eso lo tengo comprobado, -dijo- pero de ahí a que no nos vean...

-No nos ven, María, no nos ven. ¿Cuántos peatones han transitado por delante de nosotros durante esta mañana? -preguntó Ángel.

-Muchos -contestó María.

-¿Y cuántos te han visto?

-Yo en esas cosas no me fijo, Ángel, les miro al paquete.

-Yo sí. No te ha visto ninguno por la sencilla razón de que todos han pasado mirando para la valla del instituto, en la otra acera.

-¿Qué había en el patio del instituto esta mañana?

-Ha estado vacío, como todas las mañanas, pero todo el mundo, cuando llega a nuestra altura, mira para allá. No nos ven, puedes estar segura.

-O sea, que no nos miran.

-Se puede decir así también -confirmó Ángel-. He llegado a pensar si no se creará el personal que la minusvalía es un virus que se pega por la vista.

-Llevo toda la vida sentada en esta silla y no lo había captado. ¿Pero tan grave crees tú que es la gilipollez de la gente?

-No salgo de mi asombro.

-¿Y dices que en el banco sí nos ven? ¿Lo has comprobado?

-Fue lo primero que se me ocurrió cuando fui consciente de mi don, como a ti. Pero en los bancos, no sé por qué, todos los jurados nos miran, deben de aburrirse muchísimo.

-Pero hay bancos sin jurados.

-Están las cámaras, que tampoco tuercen la cabeza ante una silla de ruedas.

-¿Y en el Alcampo?

-Si te preocupas de quitar las espirales de los CDs o de los libros antes de salir. Pero robando libros o chocolate no te haces rico.

-Tío, que por lo menos te entretienes.

-Y engordas.

Metamorfosis*

Esta noche ha sucedido la mayor tragedia de mi vida, que ya es suceso, porque tengo unos pocos años (o esto es lo que creía antes de levantarme de la cama esta mañana) y he visto muchas cosas desde mi silla de ruedas.

Ha sucedido que resulta que apenas ayer comenzaba a disfrutar de la mayoría de edad y hoy, al despertarme, de repente, me he encontrado con que cumplía, precisamente hoy, sí, cincuenta años.

Una cosa así, que yo tenía entendido que ocurría lentamente y sin traumas, a mí me ha pasado de repente, como un infarto.

Y nadie me había prevenido, absolutamente nadie me había enseñado a tener cincuenta años.

¿Pero y si mi familia, a pesar de todo, sigue hoy

* *Metamorfosis* fue publicado en la antología de relatos *Otra nube de vagos*, VVAA, Patrañas Edic., 2001, con el título *Mañana de abril*.

igual que ayer? ¿Pero y si soy la única que ha sufrido esta horrible transformación? Las dudas me asaltaban al hacerme consciente de mi suerte y no encontraba respuesta a las preguntas desde la cama.

Lo más angustioso del caso es que me encontraba exactamente igual que ayer por la noche, igual de fuerte y de joven que cuando me había acostado. Sin embargo, mi carnet denuncia a una mujer que apenas mañana tendrá un día más de cincuenta.

¡No, si al final voy a terminar como una cabra! No tenía ninguna gracia el día de hoy.

Lo más grave ya no era mi prematura vejez, sino que no sabía lo que me iba a encontrar ahí fuera, al salir de esta alcoba, en el pasillo y en el comedor de mi casa, si el mundo se habría transformado conmigo, como a veces ocurre, o seguiría empeñado en sus particulares impulsos desordenados, ajeno a la tragedia.

Tenía miedo de abrir la puerta, pero tenía que hacerlo. No me quedaba más remedio que ir al comedor porque si no me moriría de hambre, que este era otro misterio sin resolver: ya era una señora mayor pero tenía el mismo hambre de siempre.

Me hacía falta un café y una tostadita con mermelada o moriría de inanición en vez de morir de vieja. Tenía que decidirme: ¡Pilar Eva, decídetete y sal!

Abrí por fin la puerta y me lancé al pasillo, que me pareció desierto como nunca, como si pretendiese ponerme otra vez ante el dilema de seguir adelante, al encuentro de una realidad incierta, o volver a mi alcoba muerta de miedo y con este hambre canina que me roía el estómago.

Allí estaba yo, en medio del pasillo como una gili-pollas. Mi cabeza me exigía continuar adelante, me re-

cordaba que aquel era el camino hacia un mundo de mermelada y cafeteras, un mundo con un reconfortante aroma a mambo y salsa, ecos de latitudes más cálidas y con más ritmo incluso que mi hambre.

¡Sigue!, me ordenaba el estómago también, atormentado por horas de ayuno. Sus jugos gástricos amenazaban ya con buscarse la vida por su cuenta.

Mis brazos, a estas alturas, parecían trapos lacios, sin fuerza, y hasta las ruedas de mi silla parecían desfallecer.

Algo, en cambio, un sexto sentido o mi intuición o yo qué sé qué, me impedía continuar rodando la silla y empujar aquella puerta entreabierta del comedor. ¿Con qué restos del naufragio me iba a encontrar allí?

Mi estado general era catastrófico. Aquello era la mayor pesadilla de mi vida. Estaba desesperada.

Aunque volvía a repasar y tampoco era para tanto. Porque yo he observado que todo el mundo tiene esa manía de envejecer. Y dicen incluso, cuando ya son viejos, que hacerse mayor da más juicio, más serenidad, y que a las mujeres, además, ya nadie nos mirará por la calle, con lo cual te puedes relajar al fin un poco y pensar. Y hasta que puedes prescindir también del hombre del tiempo, que parecía el único hombre imprescindible, pues las articulaciones te anuncian las borrascas del fin de semana con antelación suficiente.

Mis cavilaciones rozaban ya con la demagogia, pero ni por esas arrancaba. Mientras, los minutos parecían horas y yo me sentía cada vez más débil.

Ya no sabía ni por qué continuaba allí plantada, ante la puerta semicerrada. La situación me estaba desbordando y se imponía un golpe de timón: ¡tenía que entrar a ese comedor aunque fuera lo último que hiciera

en mi puta vida!

Empujé la madera con toda mi rabia y lo conseguí, por fin...

¿Pero el esfuerzo iba a ser recompensado?... Para nada, se confirmaron todos mis temores.

El panorama era desolador: tenía ante mí a toda la familia e, incluso, a algunos vecinos que no se lo querían perder y que a pesar de la hora tan temprana se habían asomado.

-¿Pero tan grave es? -pregunté, asustada.

Me dijeron que no, pero todos lo sabían y, lo que más rabia me daba, todos estaban como siempre, como si no hubiese pasado el tiempo por ellos y como si lo mío no fuese más que otra guerra en África, de estas que salen ahora en la tele durante la comida y que se olvidan con los postres.

Además, querían celebrarlo y me felicitaban.

Ya les he dejado dicho que se acabó. En serio, yo no vuelvo a cumplir cincuenta años jamás.

Campanilla

*A Margarita Lorite,
porque seguimos soñando juntas*

Yo aprendí a leer porque quería conocer a Peter Pan, ese niño con dientes de leche, alegre, inocente e insensato que tanto se parecía a mí.

Primero le pedí a mi madre que me llevase a los jardines de Kensington, por si seguía por allí, pero lo que encontramos fue una estatua horrible que no podía ser él.

El jardinero, muy antipático, nos dijo que eso era lo que había, que el otro se había ido al País de Nunca Jamás y que no había vuelto.

Pues tendré que aprender a leer, le dije a mi madre. Ya aprenderás cuando vayas al colegio, me contestó ella. Pues quiero ir al colegio, insistí yo. Tienes sólo cuatro años, objetó ella. Pero soy la mayor de tres hermanas, argumenté yo.

Si no es porque mi hermana más pequeña dijo que ella también quería aprender a leer, mi madre no me enseña. Todas las madres son iguales, sólo hacen caso a los hijos más pequeños.

Así que yo he crecido alegre, inocente e insensata, como Peter.

Peter Pan fue mi primer capricho y lo conseguí sin ningún esfuerzo. A mis hermanas les costó más tiempo leer, eran tan pequeñas, pero conmigo no empleó mi madre más tiempo que lo que tardó en bajarse a la librería y pedir el libro de Barrie, el último, el de Peter Pan y Wendy.

Fue abrirlo y ya sabía leer. Este libro se había escrito para mí, aunque yo no era un niño de esos que se caen del cochecito y que no saben ningún cuento, que conste.

Wendy no me cayó bien desde el principio y me llevé a mí Pan a buscar su sombra por ahí.

Fue una noche en que estaba desvelada y, como tampoco tenía una perra que cuidase de mí (no me digáis que Wendy tenía buen natural con una perra de niña: así salió ella, que era más un San Bernardo que una niña), pues nos fuimos a buscar la sombra Peter y yo.

Y qué mareo, de no parar. Todo el rato del Polo Norte al Polo Sur, un trajín fue aquel viaje. Mi Pan se había encaprichado conmigo, pero sobre todo estaba muy enfadado con su sombra y fue un coñazo.

Porque no paraba. Decía que sin su sombra no podría ir a ninguna parte, y estábamos en París ahora, y luego más allá, y luego más acá, y más lejos otra vez. A mi Pan no había quien lo entendiera, esa es la verdad.

No os cuento cómo encontramos su sombra porque le da mucha vergüenza, es tan zopenco.

Pero lo que me enamoró de verdad de Pan es que lo olvida todo y todo le ocurre como si fuera la primera

vez. Probad vosotros, es una sensación tan agradable.

Una vez me dijo Pan, muy serio, que nadie vuelve a ser el mismo después de la primera injusticia, que es muy fuerte para un niño que te trate injustamente aquel de quien tú esperabas un trato justo.

-Salvo yo -me dijo-, que siempre olvido las malas pasadas que me hacen.

Pues esto es lo que más me gusta de mi Pan.

Y, por supuesto, también cuando Pan está durmiendo y vienen las hadas borrachas de la orgía y le pisan y bailan encima de él.

Cómo me gustaría ser hada para marcarme un zapa-teado sobre su barriga. Y borracha, por supuesto.

Cuando vuelo con mi Pan no necesito para nada de mi silla, y hasta la olvido, pero cuando deseo bailar drogada sobre el pecho de Peter Pan me doy cuenta de que no puedo y es cuando deseo ser hada.

Nunca he conseguido ser hada, sin embargo, por más que bebía. Sólo he conseguido emborracharme, de momento.

Esto ha sido lo que, andando el tiempo, me fue alejando de Peter Pan.

Pero para entonces ya sabía leer en todos los libros y no he dejado de volar. Aunque también es cierto que nunca, nunca he conseguido aprender a bailar.

Mi torico

*A M^a Paz Álvarez
gracias*

Quién me iba a decir a mí que, como a la luna, terminarían gustándome los toros.

Todo comenzó porque la vejez, la mía, me preocupa demasiado. Pero no el hecho de cumplir años, no, sino las secuelas.

¡Cómo lo diría yo! No me importa ser una mujer madura, saber algo más, o por lo menos saber esquivar los peores golpes y los malos rollos. Ni siquiera me importaría morirme cuando llegue el momento.

Lo que me aterra son las mermas de la edad, las secuelas del puto calendario, que corre como un meteorito.

Pues un día puse la tele y descubrí que veía borroso el bigote de Aznar. Lo primero que pensé fue en el polvo, en el otro polvo, que esto pasa en las mejores familias y la mía soy yo, que limpio poco.

Pasé un trapo por la pantalla, pero ese bigote conti-

nuaba sin revelármeme en todo su hirsutismo.

Hice más pruebas: me separé de la tele y me acerqué hasta asegurarme completamente de que el bigote y la pantalla estaban bien.

Lo que fallaban eran mis ojos, dios mío. Ya me estaba rondando lo que más temía, las secuelas.

Me armé de valor, sin embargo, y de la tarjeta de crédito y, acompañada de una amiga, me fui a una tienda de Parquesur y elegí una tele bien grande.

Probamos allí mismo y ahora el bigote de Aznar se veía bien (si fuera un espectáculo agradable, tendría que decir incluso que se veía muy bien).

Por cierto, he de reconocer que ese bigote ha sido muy oportuno para la graduación de mis ojos, como con los ojos no escuchas lo que se dice debajo del bigote. En las ópticas deberían probar con sus pelos, no puede salir caro para el astigmatismo y la presbicia.

Cuando al día siguiente la tele llegó a mi habitación de la residencia, observé con alivio que había sitio en su rincón incluso para otro aumento de pulgadas. Su tamaño no desentonaba todavía, para nada.

El técnico me explicó los botones del mando a distancia y se fue por donde había venido, o sea, en el ascensor.

Me quedé sola y quise comprobar si me había explicado bien el funcionamiento, porque tengo un problema con los técnicos. Salvo el que me instaló el frigorífico, que me enseñó muy bien cómo tenía que abrir y cerrar la puerta, todos los demás me lo han explicado siempre fatal todo y tardo un huevo en hacerme con los aparatos, lo mismo si es mi silla que la columna de sonido o el móvil. Y es que estos técnicos no tienen pe-

dagogía.

Pues ocurrió lo que me temía. Si le das al botón rojo se tiene que encender, me había dicho. Pero nada, ni el más leve síntoma de bigote.

Insistí en el botón rojo, pero ya me estaba cabreando. Yo estas cosas es que me las tomo como algo personal y empecé a sospechar de la tele, que los cojos somos unos neuróticos y unos desconfiados.

Pero un aparato así, me dije, no puede cogerte ojjeriza sin haberte tratado apenas, tiene que haber otra razón. Quería calmarme y salir a pedir ayuda a un amigo que tengo para esto, pero por otro lado no podía darle la razón a aquel botón rojo.

Con un cabreo animal volví a coger el mando y apreté a todas las teclas como una posesa, varias veces. Si en las tripas de este cacharro hubo alguna vez alguna lógica, yo se la habría desbaratado en este ataque.

Y entonces ocurrió el portento, pues apareció un toro en la pantalla.

¿Pero dónde estaba el bigote de Aznar? Me habían estafado, fue lo que pensé.

Aquel toro pesaba más de 500 kilos y corría como los que huyen del infierno por el rueda adelante, que, como es redondo, nunca se acaba.

Pobrecillo, tenía unos cuernos de impresión, pero estaba asustado, eso se nota. Y los que querían detenerlo tenían todavía más miedo, pues saltaban las barreras con más alivio que vergüenza. Aquello iba a terminar mal y temí por el toro.

Me fijé mejor y descubrí que el animal era negro bragado, pero, sobre todo, muy listo. Estaba sobreponiéndose al miedo y buscaba disimuladamente la sali-

da, ya había descubierto que tenía que huir de allí.

Los más le gritaban y unos pocos se preparaban para hacerle daño, pero él no se encelaba e insistía en buscar una salida.

En sus ojos tenía dibujadas aún las encinas de la dehesa, había nacido para ser feliz, no para mártir de la crueldad de los gilipollas. Era un torazo listo.

Vio él el agujero antes que yo misma, y eso que lo tenía ante las narices, que lo mío con la vista ya parece grave. Mi tele, como es nueva, tiene buena ventilación y por allí se escapó el toro cuando le iban a poner las banderillas, por la ventilación, como los presos en las películas.

¿Y qué podía hacer yo?

Cuando vi un toro de semejantes hechuras ante mí, me tiré al suelo (no sé si me tiré o me caí de la silla a causa del susto) y, reptando, me metí debajo de la cama. Pero aquello no era parapeto para un toro de semejante báscula.

Como salga de esta, pensé, demandando al que me vendió la tele por daños y perjuicios.

Y en esto que el toro empieza a buscar algo.

No sé si los toros tienen mucho o poco olfato, pero este bufaba con mucha concentración volando todos mis papeles y metiendo el morro en todos los rincones, incluso en el servicio.

Yo, entre tanto, cagadita de miedo y ocupando cada vez menos espacio, sin atreverme ni a respirar siquiera. Hasta que bajó la testuz y olió, primero, y miró, después, debajo de la cama: me estaba buscando a mí.

No tenía escapatoria, era a todas luces imposible y el toro lo sabía. Digo yo que habría deducido que era

coja por la silla de ruedas, repito que era muy listo.

Pero qué diferentes pueden ser los caminos del miedo cuando ninguno de los contendientes, o sea, de los cagados, pretende demostrar que es un valiente.

Yo le expliqué que tenía miedo a la vejez, pero que tampoco me importaba vivir mermada, que estaba empezando a encontrarle alicientes y que no quería morir así, sin más, aplastada por un torazo como él.

Y él me confesó que no había nacido para caer simpático a turistas que no distinguen una manoletina de un natural, que su destino era otro, que él sólo soñaba con vacas y terneros en la dehesa, pero que le había traicionado el mayoral, que le había criado engañado y que ahora era un huído y que ninguna vaca querría saber ya nada con él.

Hijo, en eso te puedo aleccionar, que no hace falta ser proscrito para que no se te acerquen ni los tíos ni las tías. Quería consolarle con mi biografía, pero lloraba desconsolado. Era joven y la perspectiva de vivir sin joder se le hacía muy cuesta arriba todavía, como a los curas.

Teníamos que hacer planes. ¿Pero qué hago yo contigo?, le dije. No me dejes solo, era todo lo que salía de su cerebro en crisis.

Tenía que calmarle, porque el miedo le estaba poniendo muy nervioso y me iba a destrozar todo el mobiliario con ese cuerpazo.

Pero no se me ocurría nada.

En la habitación no podríamos vivir los dos, era imposible. Y en el parque del barrio a él tampoco le iban a dejar.

Qué laberinto. Colabora, macho, que yo no sé qué

hacer contigo. Pero con mis palabras sólo conseguía aumentar su angustia y los destrozos en la habitación.

Échate, le ordené, y me obedeció. Confiaba en mí. Tumbado, el toro ocupaba menos sitio y destrozaba menos.

Y, para calmar sus nervios, comencé a acariciarle, pero tenía el pelo muy áspero, la verdad.

No sé si habréis pasado la mano por el lomo de algún toro alguna vez, pero a mi me pareció su pelo un poco recio y se me ocurrió darme crema en las manos para que se deslizasen mejor. Acababa de comprar una crema antiarrugas que me habían prometido que hacía milagros (era lo que yo necesitaba y, por el precio, ya podía) y la estaba gastando toda con el toro.

De pronto me fijé que su negro brillaba por mil, había que verlo. Nunca pude imaginar que un negro betún o un blanco sábana, el de la bragadura, pudiesen llegar a ser mil veces más negro o más blanco.

Yo alucinaba con el espectáculo. Porque no era ese efecto del aceite sobre el pelo, el efecto brillantina en la cabeza de Mario Conde y los banqueros. Nada de eso, era un negro mil veces más negro que el carbón y un blanco mil veces más blanco que el hábito de una monja.

Qué visión, qué privilegio, no me cansaba de frotar el pelo de mi toro.

Tan alucinada estaba con este concentrado de color que me estaba perdiendo lo mejor: mi toro se estaba reduciendo de tamaño ante mis ojos.

Ahora me explicaba el aumento del negro y del blanco: en cada pelo se estaba concentrando el color como lo hacía el toro en cada célula. Mi crema antia-

rrugas era milagrosa ciertamente, bestial incluso, estaba reduciendo al toro y no sabía yo dónde iba a parar aquello, pues no había controlado la dosis y le había untado completamente. Ya había terminado el tarro.

El toro se había calmado y mis exclamaciones de asombro le hacían sonreír. Le producía satisfacción que admirase su belleza.

Al cabo de unas horas se había reducido lo suficiente como para poder dormir conmigo.

Pero ahí no quedó la cosa, menos mal, pues tampoco en ese tamaño habría pasado desapercibido para mí ni para nadie.

Se redujo tanto, al fin, que me cogía en una mano. Qué hermosura. Y parecía feliz.

Ahora ya no tengo miedo, me decía. El jodido torico debía de conocer esos llaveros que venden a los japoneses a las salidas de las plazas de toros y se creía bien camuflado. Creo que ya os he dicho que mi torico es muy listo.

El caso es que me lo he quedado y somos pareja de hecho. Nadie sospecha, ni siquiera mi novio.

Durante los días siguientes al suceso lo dejaba en la habitación, pues no estaba segura de que el efecto reductor de mi crema antiarrugas fuese permanente.

Pero el torico, pasados unos días, comenzó a protestar, no quería quedarse solo. Entonces fue cuando le colgué las llaves y hasta hoy. Me acompaña a todas partes.

El único conflicto entre nosotros es por mi desmemoria. Es que cada vez lo llevo peor, lo de la edad, y se me olvida todo. Pues antes tenía la costumbre, cuando estoy en la habitación, de dejar siempre las llaves en

la cerradura. Así, cuando me iba, sabía donde encontrarlas, y un problema menos.

Con el torico no puedo hacerlo, lógicamente. Pero a veces se me olvidan y le oigo mugir desesperadamente cuando ya está a punto de ahogarse, colgado de la cerradura, en el pasillo.

Cualquier día nos van a descubrir, pues lo mismo que le oigo yo le puede oír cualquiera, y ello si no ocurre algo peor.

Y todo porque me estoy haciendo vieja, qué pena.

Rock and roll

*A Andrés Mencía
porque no quiero que se haga mayor*

Hay pelis que yo no me creo. Por ejemplo, la última de Kubrick, esa en que la Nicole Kidman le da una lección al Tom Cruise de cómo mirarse al espejo. Yo no me la puedo creer.

Quiero decir que a los placeres de los banqueros, jueces, mafiosos y ricos en general yo encuentro que les sobra de todo, agencias de modelos principalmente. Sin embargo les falta lo principal, marcha, porque son más previsibles que una silla de ruedas en una cuesta. No hay sustancia ni imaginación en esas reuniones, y la peli de Kubrick echa de menos algo de sustancia.

Creo que Kubrick se murió por no seguir buscando la peli que él quería hacer y que perdió en el rodaje. Estaba perezoso el viejo y prefirió morirse.

Yo, en cambio, se la encontré en Alcuéscar, un pueblo sin estupendos. Pero explícaselo a un productor, que si ahora no puedo verte y que si tal, un rollo.

Alcuéscar existe, aunque en algunos atlas no venga.

Y encontré allí la peli de Kubrick porque, si bien soy tan urbanita como los banqueros (a un cojo en los descampados se le ocurre lo mismo que a un banquero, esperar a que lleguen hasta allí las hipotecas) y nunca había salido de Madrid, Caracas, Hendaya y por ahí, me fui a Alcuéscar a probar.

Alcuéscar está en Extremadura y, como en este pueblo no nació ningún conquistador, pues hicieron una residencia del IMSERSO para atraer las visitas. Antes de Alcuéscar yo nunca había salido de la casa de mis padres, pero el IMSERSO creyó llegado el momento y me concedió una plaza en su centro.

Una ciudadana en medio de nada, eso era yo en Alcuéscar, y había que adaptarse.

La primera adaptación, acoplamiento al ritmo del reloj. Porque los relojes de los pueblos parece que proyectan las horas a cámara lenta, e incluso los minutos y los segundos, y te puedes enterar de todo. No es como en Madrid, que va el tiempo tan rápido que te pierdes los detalles, si es que no te pierdes completamente.

La calma de Alcuéscar a mí no me aburría, ya digo, y pronto me hice con las riendas de mi vida, o sea, de mi silla, y con el ambiente.

La película de Kubrick me la encontré durante las primeras vendimias.

El pueblo olía a mosto que tiraba para atrás, a mosto y a tufo de lagar, y estos aromas resulta que ponen a la gente muy cachonda, incluso a la gente de ciudad como yo. Jamás me había dormido mascando bodega con el aire que respiraba, pero estaba contenta, no podía evitarlo, todo el día haciendo risas.

Pues una de aquellas tardes un amigo de los que más frecuentaba, en los bares, en la plaza y por ahí, me

preguntó si quería ver cómo se pisaba la uva en su pueblo.

No se me ocurre mejor plan para esta noche, le contesté, y él mismo me vino a buscar a la residencia con su todoterreno.

La alquería o lo que fuera aquello no estaba muy lejos del pueblo y llegamos en seguida.

No puedo dar fe de todo lo que vi porque me puse ciega, pero algo ya vi, aunque a lo mejor distorsionado. Por ejemplo, nos recibió la gente con un bullicio del demonio, como si nos conociésemos de toda la vida. Aquello no podía acabar más que como acabó.

Un grupo, chicos y chicas, pisaban la uva metidos en unas tinajas grandísimas y con los pies descalzos, qué peligro.

Había venido a ver sus pies pero no hacía más que mirar sus culos y beber y reírme, como todos.

No sé si bebíamos vino o mosto o qué, pero todos estábamos pedo. Yo la verdad es que me pongo con un dedal, pero aquella noche creo que me bebí una vasija de aquellas entera, o poco menos.

Ahora que lo pienso, creo que en aquella alquería no se pisaba la uva para hacer vino, sino para que no se terminase el mosto durante el resto de la noche.

El caso es que me encontraba a las mil maravillas, todos mis miedos y malos rollos se habían evaporado, mezclados en el tufo que embriagaba todo el pueblo. Y me sentía como dios, o como diosa.

Sonaba una música que, si no era de Extremoduro, flácido tampoco lo tenía aquel batería. Mi cabeza me daba vueltas y mi cuerpo también quería salirse de la silla de ruedas que llevaba puesta.

No me preguntéis cómo pasó porque yo tampoco lo

sé. De pronto, mi silla no era mi silla, y otro cuerpo mas grande y poderoso que el mío, aunque todavía más loco, la había sustituido y me llevaba en volandas. Pude observar también, eso sí lo recuerdo, que allí nadie estaba despegado de su pareja, pero no me preguntéis cuales eran los lazos que los unían porque no lo sé.

Y así se fue acortando la noche y juntando con el día.

Amaneció y creí que no tenía cabeza.

Cuando por fin encontré la mía (poco a poco iba estando en su sitio pero parecía corcho) de pronto descubro que tengo otra cabeza en mi ragazo.

Por Dionisos, lo primero que creí era que acababa de descuartizar a mi hijo: Ágave otra vez fuera de control, pobre Penteo.

Miré mejor y tengo que confesar que yo no conocía aquella cabeza, mi hijo no podía ser. A pesar de mi estado, lo hubiera reconocido. Además, que no tengo hijo.

Pero la cabeza no estaba sola allí, detrás de ella estaba todo su cuerpo, desnudo.

Lo que no pude ver yo durante aquel amanecer. Porque mi cuerpo también estaba en pelota picada, y los dos, el suyo y el mío, metidos en una de aquellas tinas medio vacías de orujo.

No éramos los únicos, sin embargo, en semejante estado. Todo el mundo andaba desparramando por allí.

Y yo no había sido la primera en despertarme. Alguien hacía rato que preguntaba a gritos: "¿Qué es lo sabio?", y no sé quién le contestaba con voz cavernosa: "Lo sabio no es sabiduría".

Al runrún de este coro de voces absurdas es como se fueron despertando todos, unos con más y otros con

menos.

Yo, por si aquello no había sido una borrachera, cuando llegué a la residencia le pedí al médico la pildora del día después. Porque se me ha roto el preservativo, expliqué.

No tiene ningún misterio

Levantarte para ir a trabajar es lo más penoso de esta vida. Sobre todo aquella mañana tuve que hacer un gran esfuerzo para salir de la cama y llegar al baño. Me levanté porque no tuve más remedio, para potar, hasta la primera papilla.

Bienvenida al nuevo día.

Y ahora tendrás que vestirte, pero no para trabajar, sino para ir al médico.

Llegué en seguida a la consulta, pues hay cosas que es mejor tenerlas a mano. Como la médico es buena amiga, no me hizo esperar. Además, me encontraba fatal, si tengo que hacer cola termino en el psiquiátrico.

Mi amiga me miró, yo la miré y me dijo que estaba embarazada. La felicité sinceramente, pues sabía cuánto lo deseaba.

Cuando me confirmó que era yo la embarazada, y no ella, quise de inmediato conocer al padre...

Claro, este verano, la playa, las olas... lógico... Ya

me acordaba.

Había sido casi perfecto, sin embargo: el sol que declinaba y un rojo atardecer de postal en el horizonte. Y aquel hombre que viene con las olas y rodea mi cintura con los brazos más blandos que he sentido en mi vida y que me invita a pasear por la orilla del mar. Tenía unos dientes de anuncio y las palabras oportunas. Muy pronto necesitábamos de algún refugio contra la indiscreción y nos adentramos en el mar. El vaivén de las olas hizo el resto...

O sea, a ti, pues tu padre me dejó la semilla y se fue a regar otras flores...

Pero yo he salido ganando porque me he quedado contigo... Así que tú, tranquila, conmigo no te va a faltar de nada, los biberones calentitos, los dodotis y mi cariño...

Eso sí, hija, no vayas a creerte que en este mundo no hay calamidades, pues los niños también se mueren de hambre, no sólo de muerte súbita. Se hacen muchos disparates aquí fuera, no te lo puedes ni imaginar.

Aunque también hay cosas buenas, lo mismo que te digo una cosa te digo la otra... Por ejemplo, una puesta de sol con las olas del mar golpeando tus pies...

¿A que te gusta el mar? Ya lo creo que te gusta, hija mía. En cuanto te hablo del mar y te cuento su inmensidad comienzas a darme patadas...

Tranquila, ya lo verás, la belleza de sus olas rompiendo en los acantilados o lamiendo la arena y arrasando en sus lomos las caracolas, que parece que están jugando... Cursiladas de estas el mar hace muchísimas... Siento tu emoción, es nuestro secreto...

Te hablaré siempre del mar para que te hagas una idea... Es...

¿Te acuerdas de aquel día que tu mamá, o sea, yo, abrí el grifo para llenar la bañera y se cubrió de agua el salón y la cocina, que hasta terminamos por inundar el piso de abajo? Pues algo así, pero a lo bestia, ¿te lo imaginas?

Además, el mar no se puede recoger con una bayeta como hice yo aquel día, entre otras cosas porque no tienes cubo donde escurrirla. Fíjate si será grande que cubre las dos terceras partes del planeta... claro, que tú no sabes lo que es esto...

Bueno, es muy grande. Sólo por verlo, vale la pena nacer.

Y tu madre está a punto de traerte al mundo, saldremos de cuentas cualquier día y ya vas a conocer esto con tus propios ojos, que todavía se puede vivir aquí fuera a pesar de todo...

Y espero que te guste porque estoy sintiendo la primera contracción... o se parece muchísimo.

Seguiré informándote después, cuando te tenga entre mis brazos... Ahora te toca hacer a ti, que yo he cumplido con lo mío y tú estás hecha del todo. No me seas perezosa y empuja, no me hagas escenas, que no me gusta esperar mucho...

Estamos en la ambulancia camino del hospital... Mira que si te cambian por otra niña, qué horror... No, hija, no te pongas así con nosotras no va a pasar, tu madre está muy nerviosa pero muy al loro también...

Pero sal pronto, que ya tengo ganas de ver cómo creces. Te prometo que no te reñiré mucho aunque chilles más que Tarzán... ¿Que quién es Tarzán? En otro momento, pequeña, con más calma, que ahora estamos llegando...

Es la hora de la verdad... concéntrate en lo que ha-

ces y saca tu jodida cabecita de una vez...

¡Pero no te hagas la remolona! Escucha lo que dice el médico... dice que estás en la posición correcta pero que no te decides...

Tía, si ahora va a resultar que eres tímida... Pues en esta vida, si no eres decidida, no llegas nunca a las uvas... Y mucho menos si estás en mi barriga...

Desde ahí dentro ya no ves nada, estará todo muy oscuro, ahí no hay libertad... Y, además, que la barriga es mía...

Pero mira cómo tienes a esos médicos, están todos perplejos porque no sales... Y cada vez vienen más... Hija, antes de nacer y ya te están rifando...

Lo que faltaba, nos mandan para casa, que al hospital veníamos a otra cosa que a dormir, dicen, qué vergüenza...

¿Y qué hacemos ahora?... Hija, nuestro caso no es normal... ¿Pero qué te pasa? ¿Te he asustado con mis panfletos? Pues este mundo tampoco está tan mal, niña, no me hagas caso, que se soporta...

Ya sé lo que vamos a hacer... El mar, que es lo que a ti te gusta... No es que te quiera echar de aquí, pero mira lo gorda que estoy...

Ya estamos llegando, ¿no sientes su olor? El aire del mar tiene otro olor que el aire de la tierra, nada que ver...

Mira qué playa tan blanca, ¿no sientes la arena que pisamos?... Entramos en el agua... ¡fría!... Sólo es la primera impresión... ahora ya se soporta... ¿No sientes que no pesas? Esto es otra cosa que tiene el mar, que te aligera mucho, el sobrepeso se va con la primera ola... ¿Pero qué haces, niña?... No empujes así... ¿Pero dónde vas?...

Pues allí fue, así, entre las olas: en el mar de mayo
di yo a luz a la más hermosa sirena que jamás ha parido
madre.

Y ella nunca salió del mar.

A finales del siglo XXII

Qué fenomenal, hoy es 15 de octubre de 2196, descanso y mi casa está supermaja, igual que cuando vine a vivir aquí. Mira que resisten estas cerámicas de ahora, son estupendas. No servirán para mantener el calcio en los huesos de nuestros astronautas, pero son ideal de la muerte para protegernos de la radiación solar.

Me encantan estos días de vagos, son cañón, aunque yo no puedo estar sin hacer nada.

Puse supertemprano mi equipo de música -yo es que sin música no estoy despierta, oyes- y mi cuerpo inquieto comenzó a fisgar por todos los fantásticos armarios de la casa, en busca de algún tesoro. Soy tan caótica que a veces encuentro algo más que ratones. Y prefiero pasarme la mañana subida en la banqueta si a cambio también rescato aquel pareo superguay que me regaló Monchito el verano que estaba por mí, por ejemplo, que fue lo que me ocurrió el otro día.

La verdad es que un día los ratones van a echarnos

de casa.

Si te escribo este e-mail y te cuento mi caos es porque lo que me encontré hoy fue una palabra que no conocía para nada. Fue leyendo "Al día" del mes pasado, que se me había perdido debajo de otras compras, ya sabes que mi debilidad son las revistas de estilo, son divinas.

La palabra era "árbol". ¿Tú la conocías?

He tenido que buscarla en internet y me he enterado de todo. Dejó de usarse durante el siglo pasado y designaba unas plantas muy parecidas, por la forma, a las sombrillas y los paraguas. Y servían para lo mismo, por lo que he podido deducir, para dar sombra y proteger de la lluvia.

O sea, que no hemos perdido gran cosa. Pero a mí la palabra me suena fenomenal, árbol, me gusta, árbol, es musical, es ideal.

Lo más curioso es que se conserva un único ejemplar de una especie rara y muy longeva que no puede reproducirse, en una de esas infinitas islas de nombre impronunciable de la Polinesia. Es toda una atracción turística y parece ser que toda la isla vive de las visitas al árbol.

Y viven superbien, pues los ratones perjudican al árbol y allí sí se los pueden cargar, a sus habitantes no les afectan las leyes que protegen la biodiversidad.

No sé cuándo nos convenceremos todos de que la biodiversidad es un incordio, jo. Molaría mazo que terminásemos con los ratones y, por fin, nos quedásemos solos en el planeta, que para eso es nuestro, a que sí.

Pues también viene una foto del árbol. Ya te digo, es talmente como una sombrilla, aunque parece ser que algo más grande. Se puede decir que he visto el último

árbol, qué superguay.

Anímate y búscaló tú también. Y lo miras y me cuentas la impresión. La información dice que es verde, ¡qué cosas!, ¿verdad?, qué poco estilo.

Yo estoy convencida y superconvencida de que uno no es responsable del tiempo o la era en que nace, pero sí somos del tiempo en que morimos, que es el tiempo que hemos disfrutado: ¡pues acabemos de una vez con los ratones!, sería la gran victoria de nuestra generación, qué estupendo.

En el Renato

A los chicos y chicas del Taller de Escritura Creativa

Tengo cada día mi minuto de paraíso cuando llego al Renato, después de comer, y pido un café.

Me habré levantado con el tobillo dolorido o la cabeza castigada por el alcohol de garrafón que me sirvieron en el chiringuito de la fiesta del PCE, habré pasado una mañana de perros porque no vino el podólogo y, además, la última novela de Saramago me ha tenido bostezando más de tres horas, habré discutido incluso con mi caballero y, por extensión, con todo cristo, incluida mi silla, pero llego al Renato, pido mi café del mediodía y todo encaja de nuevo: ¿no es esto la felicidad?

Aquí, en la residencia, el personal es más de vermut. Pero a mí es que el alcohol me descoloca, más que ponerme, y mi silla pierde elegancia. A veces caigo en la tentación, pero pierdo el control de los mandos de mi silla eléctrica con un dedal.

Con el café es distinto y es por eso que el café del

Renato no me lo salto ni un solo día durante todo el año. Si no apareciera a mi hora, creo que Emilio vendría por mí y me arrastraría de los pelos hasta mi mesa favorita.

Porque Emilio es siempre el camarero que me ve llegar, me abre las puertas y me pone al corriente.

-Tres de Jesulín por dos de Dinio -canta el resultado de los programas de la mañana en la tele cuando ya estoy dentro.

Sabe que yo me tomo muy en serio el cotilleo, pero que me ponen de los nervios estos profesionales a sueldo del cuento pornográfico.

-¿Y los americanos muertos en Irak? -pregunto a mi vez, fosca.

-Esos ganan por goleada.

Ahora el mundo está bien hecho otra vez y puedo pedir la consumición.

Tomando el café me entero de todo, ya digo. Hasta de las defunciones, que Emilio tiene un compañero de barra a punto de la jubilación que cuenta las esquelas. Vive un poco cansado y los muertos le sobresaltan, sobre todo los que fueron clientes.

-Este verano hemos perdido a cinco, una ruina.

Emilio, que lo conoce bien, se ríe un poco de él.

-A ti no te preocupa el negocio, sino la hora, que te está llegando -se atreve a decir.

Y por la expresión del otro averiguas que le está cogiendo demasiado respeto a la muerte.

-¡Cuántas desdichas no se cobra el miedo! -digo yo, no sé por qué, pero él no me oye y me ahorro las explicaciones.

En el Renato es cuando me doy a la filosofía. Eso sí, el jefe del bar nunca podrá decir de mí lo que el

dueño de Les Deux Magots afirmaba de Sartre, eso de que era el peor cliente que tuvo jamás, pues se pasaba todo el santo día escribiendo en una mesa por el precio de un único café. Yo en el Renato es que no escribo.

Emilio también me presenta a los clientes nuevos o me recuerda que ya tenía que conocer a los viejos, y es que tener un nombre para cada hombre no resulta nada fácil.

Hubo un tiempo en que en la tertulia nos preocupaba mucho el paro y la subida de los precios, pero ahora lo que más nos entretiene es el bajón de los salarios.

-Pues yo mimo a mis empleados -protesta un empresario de artes gráficas-, les pago lo mismo que hace ocho años.

-Es lo que yo le digo a mi parienta cuando discutimos -declara, socarrón, un funcionario de parques y jardines del ayuntamiento-: todos los años te traigo el mismo sobre y ahora me entero de que no te llega.

Pero lo más interesante es cuando dejamos de discutir y pasamos a la acción. O sea, a criticar a los que terminaron el café y se van yendo del bar. Esto sí que es cotilleo, y no la telebasura. Son los momentos en que más aprendo de los hombres y mujeres de mi tiempo, cuando me informo a fondo de las asambleas de vecinos, que es donde mejor se retrata el hombre de este siglo.

Desde luego, siempre procuro irme la última, no vaya a ser que también tenga algo que enseñar.

Porque sé, por ejemplo, que a más de uno le jode que yo sea feliz sin trabajar. ¡Como si trabajando se pudiera ser feliz!

Yo del trabajo no me quejo, desde luego. Sólo me quejo de la pensión, que no me da para dos cafés, aun-

que días hay que vengo de Parquesur y traigo tanto mono que prefiero pasar por el Renato antes de subir a mear a la residencia, que sería lo más prudente.

Si voy siempre al Renato es por la costumbre, pero también porque no tiene barreras para la silla, y esto es de agradecer para un minus por la gracia de dios amen. Y si dios me hizo la avería, no voy a pedirle yo al Renato que, además, adapte los servicios de señoras a mi silla. Como no me gusta rezarle a nadie, pues por eso soy atea.

El caso es que a veces tengo que tomar el café a escape porque de verdad me meo y las esquinas están ocupadas por los perros.

Es cuando me pregunto, en estos apretones, si no será que soy drogadicta y estoy enganchada del todo a estas dosis del Renato.

Lo que ya no distingo en absoluto es cuál será mi droga en realidad, si el Renato o sus cafés, porque lo cierto es que entre los dos me cambian el humor hasta el extremo de tener que reconocer, al salir de allí, que no vivo tan mal.

Y ahora que me doy cuenta, hoy me he venido sin pagar.

Mis bragas

Me habían hablado porquerías de aquella película de Tarzán, pero yo no me fiaba y, como era de dibujos animados, me picó la curiosidad, pues en los dibujos siempre sales más favorecida.

Así que me fui a los cines de Parquesur, cogí mi entrada y pasé a verla.

Una música agradable me invitaba a quedarme dentro y no salir por palomitas, a la espera del comienzo de las aventuras.

Pero al mirar a mí alrededor comencé a inquietarme. Se acercaba la hora de la proyección y estaba sola en la sala, la única espectadora. La puerta a veces se abría para dejar paso a... nadie.

Y así continuó la sala hasta que las luces se apagaron y comenzó la peli.

Yo no paraba de moverme en mi silla de acá para allá, como si mis movimientos pudieran tranquilizarme. Pero nada, cada vez estaba más de los nervios, no

venía preparada para verme a solas con Tarzán.

En un momento, y esto ya fue el colmo, me vi rodeada de paquidermos por todas partes. Hubiera preferido a los espectadores en el patio de butacas, de verdad.

Si no hacía algo, los elefantes me pisarían, o recibiría una bala de los hombres que los perseguían.

Sin esperar a más, pues la muerte a mí tampoco me sienta bien, me subí a la pata del macho que tenía más a mano, que ni se enteró de que llevaba una pasajera. Y en sus descomunales lomos me fui con la manada, que corría a todo gas, pues los elefantes sabían por otras veces de la eficacia de los rifles de los hombres, que tienen buena memoria y saben del peligro de esas armas en manos de semejantes bestias.

El caso es que yo también lo sabía. Estaba desesperada, porque los hombres cada vez se acercaban más.

Y para colmo, Tarzán ni se enteraba.

Tarzán, en aquel momento de peligro, estaba con chiribitas en los ojos. Los tenía como platos. En vez de oír la llamada de la selva, estaba oyendo otra mucho más fuerte e imperiosa: se estaba despertando el hombre que llevaba dentro.

En el mejor momento, qué oportuno. Porque sobre un elefante, el más grande, montaba una mujer, o sea, yo. Y Tarzán se había quedado sin respiración (hubo que parar la peli y darle oxígeno).

Aquella chica que montaba a los elefantes era bellísima, que todo hay que decirlo, y no se parecía a ninguna mona con la que Tarzán hubiese salido, estoy segura. Y, por si no había suficiente peligro, el corazón se le empezó a disparar lo mismo que el rifle a los cazadores, no podía pararlo.

Por fin se fue detrás de la chica, o sea, de mí, hechi-

zado por su belleza. De liana en liana se acercó, la cogió de la cintura y se la llevo por los aires, volando juntos.

Se fueron hacia un lugar más tranquilo. Se alejaban a gran velocidad hacia lo mas profundo de la selva, fuera de todo peligro.

Tarzan me contemplaba embelesado sin saber qué hacer, era tan bella. ¡Y me parecía a él!

Pero el hombre sentía escalofríos por todo el cuerpo cada vez que me miraba, esto yo es que lo noto en seguida en los tíos. Había plan.

Tarzán no se atrevía a tocar, aún, pero tampoco se podía separar de mí.

Y, sin embargo, tenía que rescatar a los elefantes, que seguían corriendo y escandalizando por la selva.

Al fin, como es todo un profesional, se acerco al lugar del peligro y con su poderoso grito se lanzó a salvar de los hombres a sus compañeros, los cuales, al verlo cargar contra los intrusos, sacaron fuerzas de su miedo y, peleando cuerpo a cuerpo y trompa a trompa, consiguieron hacer huir a los humanos, que decidieron irse a otra selva más segura, sin hombre mono que estropease el safari.

Tarzán, cuando comprobó que el peligro había pasado por esta vez, cogió su vehículo todo terreno, la liana, y se fue en busca de esta monada que tenía a buen recaudo en lo más intrincado.

Le fue fácil dar conmigo, pues estaba donde me había dejado. Yo me había acoplado a su árbol tan ricamente.

Y, como soy una redomada coqueta, había encendido fuego y me estaba depilando las piernas, mientras cantaba "El cóndor pasa" a todo pulmón. Pero Tarzán

se creyó que gritaba porque me estaba quemando y llamó a sus amigos los elefantes, los cuales, con sus trompas llenas de agua, empezaron a mojar aquel árbol hasta dejarlo empapado, y conmigo dentro, por supuesto.

Estaba calada hasta los huesos y no entendía nada del porqué de esa mojadura. Me estaba poniendo guapa para Tarzán y a este energúmeno no se le ocurre otra cosa que hacer el animal.

Cosa muy lógica, pues evidentemente se trata de un hombre.

Y como hombre que es, tampoco se explicaba por qué yo me he puesto furiosa, si él lo único que hacía era apagar el fuego... Hombres.

Harta de él, de los elefantes y del resto de animales, decido dejar la selva y volverme al mundo civilizado. Si es que la incompetencia del hombre no la soporto, por muy Tarzán de los monos que sea.

Cuando se encendieron las luces de la sala, comprobé que continuaba sola, como al principio, pero realmente empapada.

Y las bragas, la verdad, parecían irrecuperables.

Los bajos fondos

*A mi amiga Milagros
que me acompaña en las descubiertas*

He vivido cincuenta años y no conocía el metro de Madrid. Tenía que corregir como fuese semejante desfase, sobre todo porque el metro de Madrid vuela, a mi me gusta volar y tengo comprobado que con los euro-taxis lo único que vuela es tu pensión.

Metro Sur me lo iban a poner a la puerta de casa y esto me facilitaba las cosas. Por fin tendría la oportunidad de conocer los bajos fondos de esta ciudad tan desaliñada que es Madrid.

Por supuesto, durante la legislatura de las obras me aseguré de que pondrían ascensor para los minus en todas las estaciones.

¿Que cómo conseguí la información? Muy sencillo, preguntándoles a los curritos, ellos me informaron de todo, que a veces son muy amables.

No me supieron decir de qué cabeza había salido esta idea tan sobresaliente, pero observé que uno de los que explicaban los planos al capataz gastaba silla de ruedas y pregunté por él. "Es el ingeniero", me contes-

tó un chico muy cachas y muy amable. Pues no me digas más, pensé yo.

El mismo chico cachas me explicó que también había ascensores en la última línea que habían inaugurado en Madrid, la que lleva a Barajas. "Venimos todos de aquella obra, somos un equipo", agregó.

Lo que son las cosas: cincuenta años llevaba yo esperando a la puerta del metro, para bajar, y tiene que llegar un ingeniero en silla de ruedas para que todos descubran que los ascensores hacen un apaño a algunas personas.

Yo no deseo mal a nadie, pero cada vez que me hacen una putada parecida pienso que a los cojos nos iría algo mejor si el bigote de la Moncloa se pareciese en el andar a F. D. Roosevelt.

Pero me estaba desviando, que escribo como camino, en silla eléctrica, y hay veces que me distraigo y me pierdo.

El caso era que iba a tener una parada de metro con ascensor a la puerta de la residencia y que, desde aquí, podría ir hasta Barajas.

¿Pero para qué quería ir yo al aeropuerto, si los morros de los aviones son todos iguales y estoy harta de morros?

Volví a las obras de Metro Sur en busca de mi informador, el chico cachas, que yo con estos chicos jóvenes procuro repetir, si no es por una cosa es por otra. Y le pregunté si podría ir en metro al Retiro, que es donde me gasto la pensión del mes cada vez que voy en eurotaxi.

El chico hizo un rápido repaso a sus conocimientos en infraestructuras matritenses y concluyó que al Retiro no podría ir en metro. "Por lo menos durante toda

esta próxima legislatura", añadió, más preciso.

Resumiendo, que desde Leganés tendría que ir en metro a Fuenlabrada, Barajas y poco más.

Mejor que ahora, que no puedo ir a parte alguna, ya será. Soy de buen conformar.

El siguiente paso fue buscar compañía. Puse a los compañeros al corriente de mis intenciones y lo más suave que me dijeron fue insensata.

-¿Pero tú sabes dónde te metes? -me explicó un veterano- En el metro te roban hasta las bragas.

-Pues mejor, así tardo menos para mear -le contesté.

A ver, qué le dices, si no.

Pero una compañera fue todavía más lejos, parecía mejor informada:

-Me han dicho que en el metro, en hora punta, te violan hasta de pie.

-¿Te lo han dicho o lo has soñado? -objeté.

-Una vecina de mi madre me lo ha dicho.

-Pues yo voy a tener suerte, porque me tendrán que violar sentada y podremos identificarnos.

Nadie iba a disuadirme, llevaba cincuenta años esperando este momento y bajaría al infierno al precio que fuese.

Al final pude convencer a otra amiga que, como yo, va por la vida más sobre ruedas que tropezando, y entre las dos nos hicimos el plan.

El mismo día de la inauguración de Metro Sur, allí que estábamos nosotras en la estación de El Carrascal, comprobando todos los aparatos.

Y, oyes, funcionaba todo, el ascensor, las escaleras mecánicas, los trenes, todo, la luz, todo. Bajamos hasta los andenes. Deslumbrante, todo pintado de teja, todo brillante, todo vacío.

Las autoridades se habían ido y parecía una ciudad fantasma aquello, aunque muy limpia. Allí abajo decidimos que subiríamos al metro el domingo, que es cuando más apetece salir. Y que calculábamos que estarían los pasillos algo más animados.

No os acordaréis del calor que ha hecho este año. En realidad, como cada año hace más, se borra la memoria de los sofocones habidos. El caso es que aquel domingo el calor se había apoderado de la calle y cobraba peaje, el sol te freía sobre la acera. Pero mi amiga y yo, con la perspectiva de tomar el fresco en los bajos fondos, salimos decididas a alcanzar con prontitud los ascensores del metro.

Casualidad: no funcionaban.

Apretamos todos los botones imaginables, pero las puertas no se abrían, inmutables a nuestra demanda. Ya sudábamos la gota gorda, en cualquier momento nuestro cuerpo se licuaría. Pero el ascensor ni nos miraba, continuaba cerrado a cal y canto.

Antes de convertirnos en un charco de agua, o sea, menos que polvo, entrambas decidimos que lo mejor sería caminar, más bien rodar, hasta la siguiente estación, Julián Besteiro.

Nunca como aquel domingo nos rodeó el desierto en Leganés con tanta furia. En la travesía tuvimos hasta espejismos y las dos vimos una noria en medio de la calle. Pero conseguimos llegar a duras penas.

Impaciente vuelvo a poner yo el dedo en el botón que tenía que ser, pero la puerta del ascensor ni se inmuta.

Mi amiga, por si era un problema de incompatibilidad de caracteres, hace lo propio, pero aquel jodido botón no servía para lo que tenía que servir, y el ascensor

que no se abre ni vivo ni muerto.

¿Y para qué han inaugurado estaciones adaptadas a todos los habitantes de la tierra?

El sol continuaba dando por culo y nosotras decidimos despertar a un guarda jurado que estaba sentado a la sombra. O era tonto o estaba atontado por el sueño, el caso es que nos dijo que los ascensores se apagaban los domingos para ahorrar energía, que eran órdenes de arriba, y miró a la cubierta de la marquesina.

Tenía gracia la situación: nos ponen ascensores a los minus para mejorar nuestra calidad de vida, pero los domingos nos invitan a suicidarnos escaleras abajo.

-Tiene que ser porque en el otro mundo dicen que se vive todavía mejor que aquí -comentó mi amiga.

-¿Y por qué se les ocurre mandarnos a los cojos a comprobarlo? Podían ir ellos.

Estaba apocalípticamente cabreada. Y cuando me cabreo soy muy peligrosa, porque pienso, lo contrario de otros personajes.

Se me ocurrió que podríamos comprobar la información del guarda dormilón (o bobo, según el punto de vista de la empresa). Y le propuse a mi amiga que nos fuésemos a Madrid.

-En Nuevos Ministerios hay ascensores, que es la línea de Barajas y estoy informada.

-¿Y si los tienen también fuera de servicio?

-Allí viven ricos que van y vienen con maletas. Si tú no quieres, me voy sola.

Tenía la edad cumplida de subir al metro y no me daba la gana esperar más, que ya son cincuenta años, coño.

Y para poder coger un puto metro tuvimos que llamar a dos eurotaxi, uno para cada una, que son mono-

plaza.

Ahora que lo pienso mejor, mi idea fue más estúpida que maquiavélica.

Pero alguien aún más gilipollas estará pensando que para qué quiero metro, teniendo los eurotaxi. Creo que ya lo he dicho, pero como es gilipollas se lo repito: pues porque no soy millonaria, joder, porque me gustaría pasear por el Retiro gratis, como tú, sin tener que pagar una entrada de cincuenta y cuatro euros cada vez que se me ocurre ir, más la consumición.

En Azca no nos entretuvimos viendo tiendas, estaban cerradas. Eso que nos ahorramos. La verdad es que yo no tenía el cuerpo para compras, jamás había alcanzado este estado de lucidez.

Ni siquiera nos tomamos un café, nos fuimos de cabeza a los ascensores.

-¡¡¡Funcionan!!! -gritó mi amiga.

-No hay como ser rico para que no te falte ni el metro -dije yo, muy concentrada en lo mío.

No es nada fácil llegar a alguna parte por los pasillos del metro, pero lo conseguimos. En realidad, yo me había hecho acompañar por mi amiga porque a ella se le entiende mejor todo, y cuando tienes que hacer preguntas hablar claro siempre es una ventaja.

Por fin se hacía realidad mi sueño: ya estábamos subidas las dos en el metro, y en la dirección correcta, Puerta del Sur.

Me da vergüenza a veces tener sueños tan pequeños, pero qué le vamos a hacer. Otros sueñan con ir a la luna, que nunca la estupidez humana llegó tan lejos.

Confirmado: en el metro de Madrid no se meriendan a nadie.

Hasta un chico muy amable nos explicó que venía

de Cuba, que había ido porque su abuelito estaba muy malo, y que se había muerto y le había nombrado heredero de todo.

-¿Y qué tenía? -pregunté yo.

-No tenía nada -me contestó, muy sincero.

Estos cubanos no tienen remedio: el muy jodido quería ligar con nosotras. Si no hubiera sido por la tensión de la tarde le habría hecho más caso, que me he perdido a un cubano por los putos ascensores del metro. Esto sí que es delito, y no lo de los hijos de Sara Montiel.

Cuando hicimos el transbordo en Puerta del Sur, a mi amiga le vinieron las preocupaciones.

-Mira que si es verdad que los ascensores no funcionan. ¿Y cómo saldremos?

-¿No tendrás claustrofobia? -pregunté yo

-No, Pilar Eva, sólo tengo miedo -me confesó.

-Por eso no te preocupes, que yo también estoy ca-gada.

Pasamos todas la estaciones, una a una, San Nicasio, Leganés Centro, Severo Ochoa (de novio con la otra, cuando era jovencita Sara Montiel, qué pequeño es el mundo), Casa del Reloj, Julián Besteiro y, la próxima, la nuestra, El Carrascal.

-Hemos llegado -dije a mi amiga, cuando ya tenía la silla en el andén.

-Pues a ver cómo salimos ahora de este pozo.

El ascensor, faltaría más, estaba fuera de servicio.

-¿Y qué hacemos? -me preguntó ella.

-Esperar, ya aparecerá algún pringao.

Apareció otro guarda jurado, que en este metro parece que no hay otra cosa.

-¿Qué hacen ustedes aquí? -preguntó, muy autorita-

rio, porque a estos guardias les das una porra y ya saben lo que tienen que hacer.

-Pues rezando, no te digo. Porque llamamos al ascensor y no viene.

-El ascensor está fuera de servicio.

-Sabemos leer. Lo que no pone el cartel es qué hacer con el servicio en estos casos, porque el servicio del ascensor somos nosotras y estamos aquí abajo.

El tío nos había visto, se imaginó que éramos imbéciles y por eso decía tantas gilipolleces. O por eso o porque era gilipollas, que también suele ocurrir.

El caso es que salió escopeteado escaleras arriba. Para bajar a los cinco minutos acompañado de un currito del metro.

-¿Pero qué hacéis vosotras aquí? -preguntó a su vez el currito.

-Pues lo que yo me pregunto es qué haces tú, que tienes los ascensores fuera de servicio -esto lo dije yo, pero el tipo no me entendía y tuvo que traducírselo mi amiga.

Y de inmediato salió escopeteado también para arriba.

-Ahí arriba deben de tener el cerebro -comenté a mi amiga- y van a consultarlo.

Volvía desencajado. Le dio al botón del ascensor y, oh milagro, aquella caja cuadrada ya no estaba fuera de servicio por avería, sino que funcionaba perfectamente.

En domingo, no hay como estar cojo para que se arregle el ascensor. No me extraña que todavía haya gente que crea en los milagros, con la de pirulas que nos hacen cada día.

Así fue como pasó*

*A Juan Gallardo
que es que no se entera*

La vida a veces nos parece un poco absurda porque no queremos comprender que los disparates son cosa de nuestro corazón y nada más. Lo grande y lo pequeño, por ejemplo, no existe fuera del corazón.

Pero yo no quería hacer filosofía, sino contaros algo que sé.

Hasta ahora no lo hice por si me tomabais por chiflada, pero el que no esté un poco loco que levante la mano. Porque salir de la tripita de tu madre, por ejemplo, es ya una locura: con lo calentitos que estamos allí dentro, tan arropaditos por la placenta y comiendo la sopa boba.

Pero me he ido por las ramas, como suelo. La historia que os voy a contar no va de niños, pues los naci-

* *Así fue como pasó* fue publicado en la antología de relatos *Algarada al fin*, VVAA, Patrañas Edic., 1998, con el título *¿Romance absurdo?*

mientos no son lo más absurdo. Bueno, hay algunos que sí lo son, pero, en general, los nacimientos se puede decir que son el producto de dos pasiones que, al chocar la una contra la otra, crean un cúmulo de expresiones posturales, las cuales desembocan en una situación de embarazo.

Mi historia es otra, es la vida de una señora hormiga que se enamora locamente de un elefante. Y que me perdonen esta introducción y las afirmaciones generales los más puristas del relato corto, pero es que mis cuentos los escribo yo. Vosotros los leéis, si queréis.

El señor elefante no le hacía ni caso, pues entre otras cosas ni la veía, ya que la hormiga era muy pequeña, pero que muy pequeña. En cambio, el elefante era enorme, tan grande como una carpa de circo.

Y claro, ni se enteraba de los padecimientos de la pobre hormiga porque alguien tan corpulento como él se fijara en una señora tan pequeña.

La hormiga se pintaba como una vampiresa y se paseaba por la tripa del elefante. Pero este, nada, ni se enteraba.

Un día por poco no la aplasta de un trompazo, al sentir un leve cosquilleo en su enorme tripa. La pobre señora hormiga, al ver aquella trompa acercarse tanto a su frágil cuerpo, pegó un respingo que por poco se muere del susto. Menos mal que reaccionó a tiempo y se agarró con fuerza a los pelos del elefante.

Así y todo, bajó aquel día algo magullada pero feliz por haber estado tan cerca de la trompa de su amado. Y el elefante, sin enterarse.

Cada día la hormiga era más audaz y trepaba hasta arriba del amado. Por una pata se subía y llegaba hasta

casi los ojos. Aunque nunca se dejaba ver, pues sentía terror a sus prontos y que de un trompazo la matase.

Cada vez que se subía a la tripita del amado era feliz. Acurrucada en un repliegue se pasaba las horas muertas y soñaba cosas la mar de hermosas.

La señora hormiga cerraba los ojos y creía tomar el elixir de Alicia. Tragaba unas gotitas, crecía y se hacía tan grande como su amado. Se paseaba por el bosque y el señor elefante, de repente, distinguía unas preciosas y anchas caderas que se contoneaban al compás, y se acercaba hasta ella. Al verla tan hermosa, quedaba locamente enamorado. Bailaban los dos en lo más escondido del bosque creando su particular coreografía y, a la luz de la luna que se filtraba por las ramas de los árboles, se fundían en un solo ser y llegaban al orgasmo, se supone.

Sus sueños eran cursis de narices, la verdad, pero el caso es que la hormiga se despertaba aún más desgraciada y se decía a sí misma que esto de querer a un ser más grande era un absurdo y que se iba a volver loca, que tendría que olvidarse de su amado elefante.

Esto lo decía con la cabeza, pero su corazón no le obedecía. Cuanto más le miraba más se enamoraba.

Hasta que un día el elefante tuvo unas fiebres. Los médicos iban a verlo y, aunque no le encontraban nada, le atiborraban de pastillas a cargo de la Seguridad Social. Así días y días.

Y el pobre elefante, malísimo. Y la hormiga iba todos los días a su cabecera y se pasaba a su lado las horas muertas.

El elefante, a través de sus fiebres, comenzó a notar una presencia que le llenaba de calma y sosiego. Cuan-

do la hormiga llegaba un poco más tarde de lo habitual, el elefante se inquietaba y miraba a todos lados como si le faltase algo.

Así la hormiga se hacía notar cada vez más y más. Cada vez su presencia era más imprescindible.

Hasta que un día dejó de ir.

El elefante, desesperado, se levantó del lecho y se fue en busca de algo que no sabía lo que era, pero que intuía. Buscaba algo muy importante para él aunque no sabía qué, ya conocéis por otras historias los absurdos que se trae el amor.

Después de días y meses de búsqueda, la hormiga volvió por fin junto a su elefante, no me preguntéis por qué.

Subía por la trompa y, al verla él, quedó muy gratamente sorprendido. Obvió su cuerpo tan pequeñito, se adentró en el alma de la hormiga y en ese preciso momento quedó fascinado, enamorándose locamente.

Así fue como pasó.

Están como cabras

*A Manuel Herrera
un amigo cabal*

Bajé una mañana desde mi habitación a la cafetería de la residencia porque oí extraños gritos que parecían tener allí su origen.

Por el camino se confirmaron mis temores: los cuidadores habían abandonado sus puestos, no quedaba ni una silla de ruedas por los pasillos y los gritos arreciaban, inclasificables.

Parecía estar produciéndose una evacuación del centro y yo ni me había enterado del humo. O una evacuación o una guerra civil, que es más probable entre españoles.

En la cafetería no entraba ni una silla más, sin embargo. Pregunté qué ocurría, pero nadie me hacía el menor caso.

Me fijé mejor en la asamblea y observé que todos miraban al televisor. Me temí lo peor, lo menos que televisan es el fin del mundo, llegué a pensar. Porque la guerra de Afganistán tuvo menos audiencia que los discursos del rey, y si todos hemos visto caer las torres

gemelas fue porque insistieron mucho.

Mis compañeros y los cuidadores levantaban los brazos y gritaban airados cuando un tipo gordo y con cara de padre en tarde de domingo, o sea, de bruto alimentado con hamburguesas, aparecía en la pantalla gritando también y haciendo aspavientos.

Aquel tipo sudaba los sobacos de la camisa como sólo he visto hacerlo a los financieros interrogados en la Audiencia Nacional por los fiscales anticorrupción.

Si el tipo gordo no aparecía en imagen, mis compañeros se calmaban un poco mirando a otros tipos (se les veía muy de lejos pero yo diría que iban en paños menores) correr sin mucho orden, ora hacia la izquierda, ora hacia la derecha de la pantalla.

Yo no entendía nada, pues incluso me pareció, perdonadme si me equivoco, que esos mismos tipos corrían detrás de una bola redonda a la que pateaban muy aleatoriamente y que, luego, unos paraban con el pecho, otros con las manos y otros con los pies.

Si te fijabas bien, había uno entre ellos que incluso soplabá un pito, y esto era ya el colmo, pues hacía aspavientos como el de la camisa sudada y también provocaba esos mismos gestos en mis compañeros.

Y, cuando volvía a aparecer el gordo sudando y gritando, todos los presentes a gritar otra vez mil incoherencias ininteligibles.

Y entre mis compañeros de residencia, los que sólo podían levantar una mano, una que levantaban, los que ninguna, pues ninguna, pero todos gritando como poseídos por un dios.

También era de ver el acuerdo y sintonía entre cuidadores e internos, lo nunca imaginado. Para gritar dirigidos por un gurú con rodales de sudor en los soba-

cos de su camisa, pero sintonía.

-¿Pero qué os pasa? -pregunté yo muy preocupada a un amigo.

-Anda, Pilar Eva, ¿por qué no te vas a dar un paseo, que está muy limpia la mañana?

Nadie tenía tiempo para mí, estaba claro.

Estas asambleas ante la tele y los disparates escenificados en su curso se repitieron varias veces durante sucesivas mañanas.

Yo he visto muchas cosas raras en mi vida, pero ya no sabía qué pensar.

Lo que me alarmó de veras y me obligó a investigar fue lo que me ocurrió otra mañana que, huyendo de la peligrosa locura que envolvía mi residencia, me fui a tomar un café al Renato.

Allí, protegida del bochorno tras sus cristaleras, estaría sola.

Y sola estaba hasta que se fue llenando el bar de unos tipos que en cualquier otra circunstancia hubiera confundido con los clientes de siempre, pero que esta mañana, por el brillo exaltado de sus ojos y la inquietud en sus ademanes, más parecían psicópatas de paseo que corrientes vecinos de un barrio burgués.

Y, en un momento, les sorprendo a todos mirando al televisor. También ellos, también aquí.

Miro a mi vez por sobre sus cabezas y lo que veo me aterra: el mismo tipo de los sobacos sudados, vestido con la misma camisa azul, haciendo los mismos aspavientos, mostrando sus rodales de humedad en las axilas.

E idéntica reacción en los presentes, todos gritando a su vez, amenazantes. Y, después, en la pantalla los mismos tipos corriendo tras la misma cosa redonda, a

la que se notaba de sobra que odiaban por cómo la golpeaban y, después, se reían de ella.

Salí huyendo, aterrada, de mi refugio del Renato, pero decidida a averiguar la verdad.

A medio camino entre el Renato y la residencia, en medio de la calle solitaria, ni un coche circulando ni un autobús ni una silla de ruedas, en medio de una ciudad fantasma oigo con nitidez un grito aterrador surgido de todas la gargantas acechantes, invisibles tras de las cortinas del salón, un grito que me heló la sangre: "Gooooool".

El tal grito fue mi primera pista.

Lo que he descubierto a partir de aquí ha sido tan lamentable que no sé si algún día podré reunir el suficiente valor para contarlo.

La silla eléctrica*

Con la silla eléctrica pierdo los nervios y hasta los modales. Hay veces que me sorprende hablando como una verdulera porque la muy gran puta siempre se para en los pasos de cebra y, por más que la mimo, ella ni caso, ve un cruce y se para.

Podía tener un poco más de consideración conmigo, pues soy yo y nadie más quien carga su batería. La cuidado más que si fuera mi amante. Qué digo amante, mucho más, pues bien sé yo que ella me da autonomía, mientras que un amante, precisamente, me la quitaría. Yo amo la libertad más incluso que las caricias.

Pues a pesar de mis cuidados y desvelos, a pesar de mis protestas de amor, la silla me deja tirada. Es una desgraciada.

* *La silla eléctrica* fue uno de los tres relatos ganadores del III Concurso de Cuentos Desterrados, cuyo jurado lo componían los 75 autores de los relatos que participan en el mismo. Fue publicado por primera vez en la antología de relatos *Otra nube de vagos*, VVAA, Patrañas Edic., 2001.

El otro día había decidido acercarme a Parquesur para comprarme un vestido que, según mis informes, estaba bien de precio. Y le dije a mi silla: "Bueno, tía, vamos a ver cómo te portas hoy". Me senté en ella confiada, sin crispación, y salí a la calle.

Tengo que reconocer que muy relajada no iba, como digo una cosa digo la otra, pero el caso es que aquel vestido tenía que ser mío por encima de todo. Y hacia allá que encaminé mis pasos, o sea, sus ruedas.

Al principio, la silla parecía decidida a que olvidase todos mis celos y rodaba bien, que para eso me la había comprado, para que me trasladase a los sitios sin problemas.

Pero mi gozo en un pozo. En seguida pude comprobar que no estaba dispuesta a colaborar. Me dio el primer aviso de la tarde en el paso de cebra de la avenida Juan Carlos I.

Y al tercer aviso, vuelta con el toro a corrales, que en mi caso significa quedarme tirada.

Para mayor escarnio y ludibrio, todavía me quedaba la travesía del cruce de entrada a Parquesur, que en condiciones normales es un paso de cebra muy ancho, con buena visibilidad y sin mayor peligro, pero que con la silla puteándome me parecía un océano nada Pacífico que tendría que recorrer de punta a punta en canoa y remando.

Pero pasé la prueba sin ahogarme. Vaya, menos mal.

Y de allí, a la tienda del vestido que me gustaba, directamente. La prenda ya no estaba en el escaparate. Entré y pregunté. Tuve suerte, dentro sí estaba, como si me esperase.

Lo pagué, lo colgué de la silla, y encaramos los tres

el camino de vuelta que, con un poco de suerte, nos traería hasta casa.

Nos iba a hacer falta mucha suerte. Antes incluso de llegar al cruce, la silla ya nos venía haciendo extraños al vestido y a mí. Pero había que arriesgarse, qué remedio...

Nos acercamos al paso de cebra sigilosamente y, con todas las atenciones y todo el mimo de que soy capaz, le rogué a mi silla que cruzase el charco, o sea, la calle, pues en aquel momento aún no llovía.

Nos lanzamos y, justo cuando un coche se detiene para permitirnos pasar y luego otro y luego otro, la puta silla, la muy puta, va y se para.

A esas alturas, ya blasfemaba en castellano y en extranjero, pero la silla no se movía. Mientras, los coches parados, esperando a que cruzásemos nosotros: yo, histerica y mi silla, allí, tan tranquila, que no iba ni para adelante ni para atrás por más que le daba al mando, como si la orden no fuera con ella.

Acariciaba su palanca sin brusquedad, como indican las instrucciones, con la mayor delicadeza, como si la estuviese masturbando, vamos, que ya me daba vergüenza. Y la silla quieta allí en medio y los coches que se estaban hartando del espectáculo.

Por fin un muchacho, de esos que todavía se mueven por la ciudad sin prisas, me arrastró hasta la acera de enfrente. Era un cachas y un yogurín, pero no estaba yo aquella tarde para pedir teléfonos, y menos para recibir calabazas.

Respiré hondo, como los atletas que salen en la tele, y me dispuse a seguir mi camino: ¿cómo, sin embargo? De buena gana me hubiera venido andando hasta mi habitación, pero es que yo no uso la silla de ruedas por

ir más cómoda: se da la casualidad de que no puedo andar. Así que tuve que joderme y continuar sentada.

Y le volví a dar al mando, esta vez con toda la rabia. A ver, estaba hasta los ovarios.

Y la silla que vuelve a moverse como si nada hubiera ocurrido. Entonces caí en la cuenta de que estábamos sobre la acera y de que por las aceras mi silla no pone pegas para rodar.

Pero todavía quedaba por cruzar la avenida Juan Carlos I. Y yo es que soy republicana. Y mi silla, un trono impío y traidor.

No me hacía esperanzas. En el primer tramo del paso de cebra, sin embargo, a este lado de la mediana, la silla desfiló con la elegancia que la caracteriza. Conseguió que me confiase.

Pero en el segundo tramo se paró y otra vez que se negaba a rodar como era su deber.

Obsesionada con la silla, a mí ni se me había ocurrido mirar al cielo.

Y en aquel mismo instante comenzó a llover sin ninguna moderación, con un vicio tremendo. Estaba al borde de un ataque de nervios, lo de las mujeres de Almodóvar son gilipolleces comparado con lo mío. Mi vestido, que se iba a quedar como un higo, y yo, sentada sobre una batería más falsa que una burra, que podría comenzar a soltar calambrazos cuando le diese la gana, pues con la lluvia ya tenía motivos.

Y los coches pitando y dándole al parabrisas como posesos, que ya ni me veían. Y los peatones que ni miraban, más preocupados por guarecerse de la lluvia que por despejar la calle de cojos.

Yo pedía a gritos una ambulancia, el arca de Noé, algo.

¿Quién fue el cabrón que dijo eso de que Dios aprieta pero no ahoga? Si estoy aquí y puedo contarlo es porque aquello no era todavía el diluvio, pero sé que con esta puta silla, cuando llegue el diluvio, me pillaré en un paso de cebra, porque Dios aprieta, ahoga y, además, está en tratos con mi silla eléctrica.

Volver a mamá

Aquella noche mi novio volvió del trabajo la mar de raro.

Ya al abrir la puerta con el llavín percibí que no venía como siempre, pues semejante parsimonia no era propia del hombre alegre y comunicativo que él suele. Me acerqué a besarlo y me esquivó con un gesto extraño de su cabeza, yéndose directamente a encerrar en el baño.

Pero del baño terminas saliendo, un servicio no es la tumba, por ejemplo. Estos gestos suyos no presagiaban nada bueno.

Al verlo tan reconcentrado, mi primera intención fue preguntarle qué ocurría, pero cambié de idea. Me pareció más inteligente esperar, pues en las dificultades es cuando se conoce a los humanos.

No le quitaba la vista de encima, sin embargo, convencida de que algo muy gordo le habría tenido que ocurrir para que se comportase de tal suerte.

Se preparó la cena, apenas la probó, se lavó los dientes y parecía tener la intención de meterse en la cama.

Presentí que la noche iba a ser larga y no me di ninguna prisa mientras, a mi vez, me fui lavando y me vestía el pijama para dormir. Él persistió en su hermetismo, que a cada minuto que pasaba era más tenso. Y conmigo a la vista, desnuda un buen rato.

Su silencio se estaba haciendo más insoportable que cualquiera de las discusiones bizantinas a las que era tan aficionado. Prefería mil veces sus bobos argumentos que este silencio. O que estallase de una puta vez y comenzase a gritar, como ocurría cada vez que sus razones de sofista me provocaban la carcajada.

Se podría dar cuenta por lo menos de que me tenía alucinada y de que me estaba cabreando.

Fue en este momento, al llegar a la conclusión de que ya me estaba jodiendo del todo con su misterio, cuando por fin me decidí a hablar yo.

Pero como empezara a preguntarle gilipolleces, corría el riesgo de que continuase callado, ¡y eso sí que no! Mi novio me conocía muy bien, sabía que su mutismo me estaba poniendo de los nervios y era muy capaz de no soltar palabra con tal de tenerme preocupada.

Tenía que comenzar por algo contundente, algo cuya respuesta no pudiese eludir.

Él ya se había acostado, me había dado la espalda y se hacía el dormido.

De pronto le cogí del brazo para que me mirase y le dije:

-Cuéntame lo que te pasa o me voy.

Pero ni se dignó mirarme ni abrió la boca.

No me quedó más remedio que volverme con mi madre.

Ahora pienso si no será que se había dormido de verdad y no me oyó el ultimátum. Porque, más que preocupaciones, lo que sí podía tener mi novio aquella noche era mucho sueño, pues apenas habíamos dormido la noche anterior haciendo cochinadas. Desde luego, con él no vuelvo como no me llame y me lo explique.

De una en una, por favor*

Primavera, uno de esos días en Madrid que miras al cielo y ves de todo: relámpagos y truenos, algo de lluvia y por fin el sol, ese sol cálido y alegre que te arrastra a la calle.

Así que yo, rendida a mayo como una adolescente, me cambié a mi silla eléctrica y me fui a pasear al parque, detrás de la residencia. No es un parque precisamente muy limpio, siempre tropiezo con alguna cagada. Pero hoy las estaba esquivando a las mil maravillas.

Lo que casi no esquivo es a un niño de pocos años, que corría perseguido por una madre histérica agitando un bocadillo, seguramente lleno de colesterol, que el niño se resistía a comer. ¡Chico listo!

Y seguí paseando por el barrio, el día merecía la

* *De un en una, por favor* fue publicado en la antología de relatos *Cuentos periféricos y otras especies en peligro*, VVAA, Patrañas Edic., 1999, con el título *Sólo una rosa, por favor*.

pena.

Mis ruedas me llevaron a las puertas de la floristería de la avenida. Ya que estaba allí, entré a fisgar entre las plantas. Y, de paso, también un poco al dueño, que me habían llegado rumores de que no está nada mal.

Me quedé extasiada ante una rosa de color rojo pasión, parecía de terciopelo. Sin pensármelo dos veces le dije al guapetón, que me sonreía más incluso que yo a él, que la mandara a la residencia a nombre de Pilar Eva. Con tarjeta: “Para mi mejor amiga”.

Y continué mi paseo aún más contenta que antes.

Aquella noche me dormí pensando en la sorpresa que me iba a llevar yo misma al recibir la rosa.

Y amaneció el nuevo día porque, como es natural, también en Madrid después de la oscuridad viene la luz. Me levanté muy pendiente de la megafonía.

La llamada no se hizo esperar mucho, pero ya estaba de lo más impaciente.

Cuando oí mi nombre salí pitando hacia los ascensores. Como siempre, no había ninguno disponible. Y vuelta a esperar.

Por fin, llegué. Y me dieron una rosa llena de misterio para todos, menos para mí.

Abrí el sobre y empecé a leer muy despacio, observando la reacción de la gente que estaba por allí. La tarjeta decía...

-Pero lee de una vez, a ver quién te la manda.

Yo me demoraba a propósito para sacarle más partido al momento. Me lo estaba pasando pipa. Sólo por saborear esta expectación que estaba despertando mi rosa había merecido la pena.

¿Quién me la habría mandado? Todos especulaban. ¿Quién sería el tipo? La tarjeta era un misterio, por su-

puesto. Únicamente ponía: “A mi mejor amiga, con cariño”. Y nada más, sin firma ni tonterías, nada de nada. Todos pudieron comprobarlo.

Subí la rosa a mi pisito de soltera, que así llamo yo a veces, cuando estoy más eufórica, a la habitación de la residencia, y le hice un hueco al lado de mis libros. De este modo, nada más abrir la puerta, lo primero que se veía era la rosa.

Pero el tiempo no perdona. Estaba mi rosa ya marchita cuando, una tarde, me vuelven a llamar por megafonía.

Bajo hasta recepción y me ponen en las manos un ramo de rosas tremendo, tamaño natural como poco. Mi sorpresa fue también de tamaño natural, pues esta vez no me lo esperaba.

Desde luego, yo no había sido, esto tenía que descartarse. A no ser que, sonámbula, sea capaz de andar, lo cual es poco probable. Además, en mi familia no hay antecedentes.

Hasta que algo intuí y no lo pensé dos veces: dirigí mi silla eléctrica hacia la floristería.

Allí me encontré a una dependienta que, como es preceptivo, no sabe, no contesta.

Llevaba más de una hora tirando de mi cuestionario detectivesco, que si el riego de las caléndulas, que si a la orquídea le conviene la luz o no, que si los benjamines se llevan con las corrientes de aire y otras aún más directas, cuando, por fin, apareció el señor de la sonrisa entusiasmada, y de lo más sonriente. Estaba para comérselo, me reafirmo.

Y se acerca a mí y, sin más preámbulos, que me invita a cenar.

Yo por supuestísimo que le contesto que a las ocho

pase a recogerme por casa -no vayas a pensar que soy tímida, contigo al fin del mundo, prenda.

Menos mal que en la habitación tenía mi champú acondicionado, que me hace una melena que enamora.

No fue puntual y apareció a las ocho menos un minuto.

Cuando abro la puerta, mi cuarto se inunda con otro grandísimo ramo de rosas. Estas las tengo que colocar hasta en los vasos del cuarto de baño, y eso que la habitación de mi residencia es grande. Pero ahora es que parece un patio andaluz.

Por fin, apartando rosas, alcanzamos la puerta de salida, aunque nos íbamos con varias púas en los brazos.

Nos encaminamos, dando un paseo, a un restaurante de esos en que los camareros no te dejan en paz. Te abruman, y aunque bebas sólo un sorbo de vino, te vuelven a llenar el vaso.

Este fue el gran error de la noche, pues terminé cabreándome con tanto lujo y tanto camarero.

Y pensé, en aquel momento creía que muy bien pensado: “Chico, eres muy mono, muy rico y muy risueño, pero yo el escaparate lo aguanto mal”. Y aún estábamos por el primer plato que, la verdad, sabía de impresión.

Le pedí disculpas y me largué. Desde luego que no le dije que para siempre, hubiera tenido que dar explicaciones y a mí las explicaciones también me cabrean muchísimo. Lo que le dije fue que quería empolvarme la nariz.

Y allí se debió de quedar el tío con dos palmos de sonrisa.

No lo he vuelto a ver y, la verdad, tampoco lo echo de menos. Prefiero seguir enviándome rosas yo misma.

Pero si se os ocurre, por favor, de una en una.

Todos los perros son listos

*A Rocío
porque pasea sola*

Llevaba días intentando escribir sobre una niña que odia la tele. Me lo ha confesado a mí, con todas las palabras: "Odio la tele, de verdad".

Y le pregunté por qué, pero ya no me lo supo explicar.

Desde el momento en que le oí esa confesión tan rotunda comprendí que tenía un relato ante mis narices, pero no conseguía verlo.

Las razones que yo encontraba para ese odio de la niña a la tele, que si los programas basura, que si ella superinteligente y aficionada a la lectura, que si las gilipolleces de la tele no tenían nivel para ella, en fin, lugares comunes. Tenía al personaje, pero no conseguía explicarme sus motivaciones para semejante conducta tan estrafalaria.

La pista me la dio que soy muy cotilla.

Porque ayer mismo, que volví a encontrarme con la niña, le pregunté por su perro, un chucho feo y sin clase, de esos que no quiere nadie, hijo de mil padres.

Pero mi niña es muy normal y más bien gordita, o sea, normal.

Y me dijo que al chucho lo había encontrado ella, que lo habían abandonado y que se había ido con ella. Que su madre había querido echarlo de casa pero que ella había dicho: "Le quiero más al perro que a ti, porque me hace más caso", y que su madre se cortó de echarlo de casa por eso.

Ya tenía una buena pista para el relato y decidí en el acto tirar del hilo.

-¡Pero cómo dices que tu madre no te hace caso, criatura! -exclamé, simulando extrañeza.

Y la cría comenzó a largar, muy enfadada por haber puesto en duda sus palabras:

-Mi mamá lo primero que hace cuando llega de trabajar es encender la tele. Luego se echa en el sofá y se queda frita. Yo voy donde ella está para hacerle compañía, me siento en el suelo y hago comentarios para despertarla. Mira, mamá, a ese niño le ha cortado las piernas la bomba, pero ella se cabrea porque la he molestado. Y entonces mi perro, que tampoco le gusta la tele, como a mí, se pone a lamerme las lágrimas y los dos nos bajamos a la calle. Ahora está mi mamá durmiendo en el sofá delante de la tele.

-¿Entonces -pregunté yo, muy intrigada-, si no te gusta la tele, no es por la basura y eso?

-Yo bajo la basura todos los días, y clasificada, no me lo tiene que mandar mi mamá. Y mi perro me acompaña siempre.

-Buen chucho -las palabras de la niña me habían emocionado.

-Quiero enseñar a leer a mi perro, para así tener alguien con quien discutir los libros que más me gustan.

-¿Cómo se llama?

-No sé, yo lo encontré abandonado y no sé qué nombre tendrá.

-¿Y por qué no le pones un nombre tú? -le propuse a la niña, por si no se le había ocurrido.

-¡Muy bonito! ¿A ti te gustaría perderte y que, quien te encuentra, te cambie el nombre? Cuando mi perro sepa leer y escribir ya me lo dirá.

Y se despidieron los dos de mí y se fueron jugando, calle adelante.

Y yo me volví para la residencia a todo correr a escribir su historia, más convencida que nunca de que no hay telebasura, sino que la basura es la tele.

Y que nadie me venga con más gilipolces.

Un gato en tu página web*

Una mañana muy fría del invierno pasado bajé desde mi habitación, como cada día, a desayunar.

El comedor de la residencia es una sala muy amplia, con unas ventanas grandes que dan a un jardín. Más allá hay un parque público, en el cual pasean con sus perros y con la familia los vecinos de la barriada. No me extrañó, pues, ver un gato en la ventana que tenía enfrente de la mesa donde comemos cada día tres compañeros y yo. Más seguro que en el parque ya estaría allí.

Era un gato precioso, de esos cuya foto te colocan en los almanaques. Lo que pasa es que estaba algo flaco. Y también cojo, por suerte.

Aclaro lo de la suerte: había venido al sitio idóneo, pues yo vivo en una residencia de minus. ¡Vaya gato listo! Nadie mejor que nosotros para entender y cuidar su cojera.

A saber dónde habría metido la pata para terminar de esa suerte, a cuántos tejados no se habría subido, tal

* *Un gato en tu página web* fue publicado en la antología de relatos *Nómadas contraSentados*, VVAA, Patrañas Edic., 2000.

vez en busca de algo que llevarse a la boca, que la vida está muy achuchada para los gatos abandonados, aunque sean bonitos.

Repito lo de bonito porque esta lo era. Esta, sí, porque más tarde pudimos comprobar que era una hembra, vamos, una gata, una gata de verdad, y además, rubia y rayada.

Con el paso del tiempo se puso mucho más lustrosa, pues la minina descubrió pronto las horas del desayuno, comida y cena de los residentes, y la muy listilla, cada vez que se abría el comedor, allí que estaba sobre el alféizar: ¡Vamos a ver qué menú nos ponen hoy! Siempre caía algo.

La gata se colocaba en el mismo ventanal del primer día, mirando a través del cristal. No tenía que esperar mucho tiempo hasta que aparecía una mano con un suculento bocado. O no tan suculento, pero comida al fin y al cabo.

La gata comía todo lo que le sacaban a la ventana, fuese carne, pescado o judías pintas. No sólo parecía hambrienta: ¡de hecho, lo estaba! Siempre tenía buen apetito.

Los días iban pasando, unos alegres y otros aburridos. Pero para la minina siempre era igual, se acercaba al ventanal con su andar de gata coja y se acurrucaba en su rincón a esperar el menú... ¿qué caería hoy?

Un buen día miré a la ventana y no vi a la gata en el sitio. Esto era muy extraño, aunque pensé que se habría retrasado.

Y al día siguiente tampoco estaba. Me inquieté, ¿qué le habría pasado? ¿Se habría buscado una casa donde comer mejor?

La verdad, las comidas de la residencia no son de

restaurante de cinco tenedores, pero comemos razonablemente bien y, sobre todo, los platos que se zampaba ella eran gratis total. ¿De qué se podía quejar? Además, que es un menú equilibrado y tiene mucho pescado, lo cual para una gata es ideal. De hecho, después de llevar comiendo un mes aquí, había engordado que parecía un notario.

La echaba de menos.

Hasta que una mañana, mientras desayunaba, levante los ojos de la mesa y ¡allí que estaba otra vez!

Y traía compañía. El macho que la acompañaba era bonito de verdad. La chica no tenía mal gusto.

Además, no podía disimular que estaba más gorda. Por poco que te fijases, se adivinaba que, jugando por los tejados, entre brinco y revolcón, caídas y arrumacos, esos dos animalitos habían perdido su virginidad y no la echaban de menos.

Ya se sabe como son estas cosas: que las noches son muy largas y muy frías, que una gata, coqueta, ve pasar un gatazo de buen pelo -realmente era bonito-, que se hace la encontradiza... y esa misma noche ninguno de los dos se aburre.

El resultado del juego cada día se apreciaba con más claridad, cuando volvía la gata seguida de su chico a comer la sopa boba.

A tanto llegó su gordura, que por poco no cabía en el alféizar de la ventana. Se la veía pesada, no iba a tener pocos gatos.

Así transcurrieron dos meses, engordando, lo que duró su embarazo.

¡Qué suerte, en tan sólo dos meses hizo el milagro! Y en cambio a nosotras, las mujeres, hay que ver lo que nos cuesta. Y que luego vienen los potitos, que es-

tán por las nubes... He visto a muchas madres caminar por las nubes en busca de potitos.

La gata, cuando notó que sus hijos querían ver mundo, no se le ocurrió otra cosa mejor que ir a parir a la habitación de una amiga mía, otra coja. Y para hacerlo más tranquila, se metió en el armario. Allí, en la intimidad, ocurrió todo.

La gata había encontrado el lugar idóneo. Y dio a luz a los gatines, que salieron con unos ojos como platos de asombro.

A los pocos días ya se desperdigaron por el cuarto de mi amiga, buscando otros horizontes con que saciar su curiosidad de recién nacidos.

Pero el mundo que abarcamos los cojos es tan reducido. No podíamos educarles como es su derecho.

Como ellos querían más, para evitarles un trauma y que viviesen frustrados, los cogí por el rabo, uno a uno, los acerqué al navegador de mi ordenador y los fui metiendo en internet.

Aviso, pues, para internautas: si encontráis un gato en la página web que consultáis, no lo confundáis con un virus, ese gato es inofensivo y está ahí por lo mismo que vosotros, por curiosidad.

O sea, un respeto, que son hijos de una coja y nos tienen informados.

Pisar mierda

Hay veces que, en Madrid, agosto regala una tarde primaveral, el aire se ha renovado y como si el sol se hubiese retirado un poco también.

Pues esa tarde hay que ir al Retiro porque allí el milagro se hace sombra, color y, sobre todo, sonrisas.

Todo el mundo, yo incluida, paseaba con su mejor cara de imbécil feliz aquella tarde.

Yo jugaba espantando con mi silla las palomas que comían gusanitos servidos por los niños más pequeños. Si la tarde te sale pastel y cursi es que tiene que ser así, no te partas la cabeza, pues ya es raro que una tarde coincida con los colores de los carteles electorales.

Lo malo no son estas escasas buenas tardes, sino que nos quieran vender las otras como buenas.

De pronto, un cuerpo inmóvil ha parado el tiempo y la luz a mi paso, en mis ojos, en medio del Retiro y de la tarde.

Quieto en lo alto de su pedestal, parece esculpido por el mismísimo Miguel Ángel Buonarroti, perfecto el brillo de mármol de sus músculos, perfectos sus rasgos, perfectas sus proporciones y hermoso y triste como un david triunfante o un cristo desprendido.

Yo miraba la maravilla con asombro, la boca bien abierta.

Hasta que se produjo el milagro.

Y juro que yo no lo besé, pero de pronto, en un instante eterno, la estatua se tiró de su pedestal y me ofreció una rosa.

La pasión en sus ojos duró lo que yo tardé en reaccionar y recoger su obsequio.

Mi amor dura más, la rosa se ha secado en mi cuaderno y sigo recordándole.

Ojalá que todas las tardes de mi estatua sean como aquella y que vuele para siempre en su belleza y no se estrelle, al saltar, contra la mierda que había en la base de su pedestal. Aunque, no sé, a lo mejor le cambia la vida.

Esperando el ascensor

*A Almudena
porque nunca se calla*

Tres mujeres volvíamos a casa después de una mañana de compras.

Más en concreto, volvíamos dos y media, las mismas que habíamos salido cuatro horas antes, pues Almudena, mi sobrina, aún no había cumplido los cuatro años y no se la puede incluir más que a medias en el amplio grupo de los consumidores sin organizar que damos marcha a esta sociedad del despilfarro.

Mi hermana empujaba mi silla y yo sostenía a duras penas sobre mis piernas las bolsas y paquetes. Siempre terminaba igual en días tan señalados, sepultada bajo las compras en mi silla, que, como decía mi padre al recibirnos, nos traíamos media tienda.

Mi sobrina Almudena avisaba a los transeúntes que nos cruzábamos:

-Mi tía va escondida entre los paquetes y yo la descubrí primero -decía.

Fue lo que dijo también al portero, que nos vio llegar.

Volvíamos felices. Y con esa sensación de que el dinero ha cundido que tenemos siempre los consumidores más viciosos llamamos al ascensor.

En la espera se nos unió una señora muy seria y muy estirada, seguro que una vecina, pero desconocida para nosotras tres. Y las tres nos callamos.

También terminó colándose con nosotras, pues hay que reconocer que el ascensor de mi casa es muy apañadito y cogíamos las cuatro de sobra.

La presencia de la señora le había cortado a mi sobrina Almudena el rollito que se traía con su mamá y su tía y eso no le gustó nada. Se la quedó mirando con descaro y esperó unos segundos, hasta estar bien segura de sus razones. Y dijo:

-Mamá, ¿no te has fijado?, ¡qué mujer tan fea! -ni Cervantes lo hubiese expresado con más precisión. Y, para que no les quedasen dudas a nadie de los presentes, lo repitió- ¡Pero qué fea es esta mujer!

En aquel momento comprendí mejor algo que oía a mi hermana con frecuencia y que siempre me había parecido un poco fuerte, cuando decía que estaría más tranquila si perdía a su hija.

Pues aquella mañana hubiera sido un buen momento, lo digo por la expresión de su cara y por la manera con que arrinconó a Almudena, tapándole la boca con la mano, que la pobre criatura comenzaba a ponerse azul.

Yo había sacado la cabeza por entre los paquetes al oír la impertinencia de mi sobrina, más que nada para comprobar la realidad de sus palabras. Y tenían toda la realidad. Es más, la fea parecía incluso más fea en su esfuerzo por disimular que no había oído nada.

También pude leer en los labios de mi hermana lo

que estaba diciendo sin decir, yo te mato, Almudena, cuando llegemos al descansillo te mato. Y la niña, cada vez más azul, que si no le quitaba pronto la mano de la boca moriría incluso antes de llegar.

Aquel ascensor subía más lento que nunca para todas nosotras, pero terminamos llegando. Si perseveramos, hasta los ascensores y las tortugas cojas llegan a su destino.

Se abrieron las puertas y mi sobrina pegó un tirón y salió de allí escopeteada, a tomar aire, pero sobre todo a esconderse, que no la volvimos a ver el pelo en toda la mañana. Ella también debió de leer los labios de su madre, pero sobre todo debió de creérselo.

La fea, en cambio, muy seria y muy palo y muy educada y muy señora rica, nos dio los buenos días y continuó su ascensión.

Entre tanto, mi hermana había empujado mi silla fuera del ascensor. Cuando sus puertas se cerraron a nuestras espaldas, ella empezó a reírse con tantas ganas que tuve que recordarle, después, que agradeciera a la niña el momento.

Yo, en realidad, ya había comenzado a reírme dentro del ascensor, pero con disimulo, escondida entre los paquetes.

Ahora lo hacía también sin parapeto porque todas las compras se me habían caído y rodaban por el suelo, entre las ruedas de mi silla. Hasta los reposapiés de la silla aplaudían.

Y lo peor de todo es que a mí también, cuando me da la risa, me meo. Y mi hermana que no estaba para recoger con diligencia todo aquel desparrame, apoyada contra la pared del pasillo y agarrándose el vientre, desternillada. Y no digo más.

Era un día de diciembre, de esos que amanecen fríos y limpios como el agua del grifo. Me cambié de la manual a la silla eléctrica y salí sin rumbo fijo de la residencia. Casi por inercia me transportó mi vehículo a Parquesur.

Traspasadas las puertas del centro comercial, el calor era muy agradable. Curioseaba sin prisas. Una tienda de ropa donde ya me conocían y una falda que me estaba perfecta. Después, una zapatería, pero allí no encontré nada que me gustase.

Llevaba un buen rato dando vueltas y de pronto me quedé alucinada. Aquello era realmente algo hermoso: ¡qué cuerpos!, ¡qué caras!, ¡qué todo! Lo que se adivinaba debía de ser mucho mejor, aunque tampoco había mucho que adivinar, pues se les veía casi todo.

Entré en la librería y compré la revista, *Cosmopolitan*, una mierda. Pero el almanaque que regalaba era de

impresión. Doce tíos, ¡qué hombres!, a cual mejor. Y alguno, casi en pelotas. No es que desmerecieran los que iban con ropa, porque estaban todos de infarto.

Además, con esa juventud y los focos del fotógrafo rebozándoles en luz, seguro que estaban calientes. Como yo, al mirarlos.

Fue por lo del calor que instalé la estufa del almanaque en mi habitación. Le hice un hueco en mi mesita de noche. Mirar los días del nuevo año iba a ser muy agradable. Incluso los lunes podrían convertirse en sábados.

Y llegó el uno de enero y estrené mi almanaque. Por la noche, cuando eché la última mirada al chico medio desnudo, me pareció que sonreía con sus grandes ojos. Me quedé dormida en seguida, muy relajada.

Pero algo me despertó, sobresaltada. Un cuerpo se movía a mi lado, sentía su frío aliento en mi espalda. Al cabo de un rato no me parecía tan frío y dejé de preocuparme. Aquello, por lo menos, era mejor que dormir sola.

Y así transcurrió el mes. Todas las noches, al rato de acostarme, sentía otro cuerpo pegado a mi espalda. Parecía grande y poderoso. Pero era muy pardillo, no sabía qué hacer con el mío.

El uno de febrero me acosté tempranito, con la incertidumbre de si el chico de mi almanaque sería tan loco como su mes.

Pero dieron las doce y no había pasado nada. De pronto, sentí correr por mi espalda agua casi hirviendo, caliente a tope. Demasiado. Pegué un brinco y por poco toco el techo.

Prometían los próximos veintiocho días. Cada no-

che, después de mojarme de arriba abajo, me llevaba al jardín y me tumbaba en la hierba boca abajo, me acariciaba la espalda, milímetro a milímetro. Cuando empezaba a clarear, me cogía en sus poderosos brazos como si fuese una pluma, me dejaba en mi cama, me arropaba y se iba por donde había venido.

A nadie le amarga una caricia de tarde en tarde, pero el mes de marzo fue un poco anodino, que todo hay que decirlo.

En abril las noches son descaradamente más cortas, lo cual me pareció un inconveniente muy antipático. El chico era un puritano, pero se portó. Venía completamente vestido, un pijama de lamé de lo más escurridizo. Los botones de la chaqueta eran difíciles de desabrochar, y además tenía muchísimos. Esto, que al principio me pareció un coñazo, pasados los días me encantaba, era un juego que va bien con mi carácter, un poco impaciente. Estaba un poco cansada de números fuertes y el chico había sido original.

Llegó mayo con sus comuniones y yo estaba ilusionada. ¿Con qué me sorprendería? El chico se presentó lleno de pegatinas, estampadas por todas partes, la mayoría con mensajes ecologistas. A mí ya no me sorprendía nada, pensé que se iba a enrollar bien. No me equivoqué: todo el mes dándome la barrila sobre los cultivos de primavera y esas cosas tan interesantes. De lo que más sabía era de la contaminación en las ciudades, un erudito.

Y pasó el verano como pasan todos, aburrido y largo. Los chicos del calendario, más tontos que los que encuentras en la playa. Me pareció que el calor les abotargaba. Pero mejor, así podía dormir un poco, que lle-

vaba medio año sin pegar ojo.

Octubre, mi cumpleaños, la melancolía, el otoño, y todo que se cae, que amarillea, el pelo, las ilusiones, hasta las hojas de los árboles.

Sin embargo, el chico de mi almanaque parecía un niño. Y con su manzana entre los dientes: este vendimiador me llena la nevera, pensé, porque tengo nevera en mi habitación de la residencia. Y en efecto, todas las noches me dejaba algo al irse.

Era un chico muy tierno, pero sobre todo jovencísimo. Me contó que vivía en una isla donde nunca hace frío y que por eso estaba tan moreno. Pero que había mucho paro allí, como aquí, que él era licenciado, y ni así podía vivir: “Sólo de esto, tú ves, de vanguardia intelectual, que eso somos los modelos”, decía con ironía.

Al terminar el mes yo estaba muy triste.

Él era un tío que se enrollaba de verdad y yo me puedo enamorar como una tonta.

No quería más chicos de almanaque. El Día de Todos los Santos lo cogí de mi mesita y lo tiré al río: los dos muchachos que faltaban por salir del calendario, de noviembre y diciembre, nadaron escopeteados hasta la orilla y allí los perdí de vista. Me hubiera disgustado que se ahogasen.

Pero octubre me había marcado con su melancolía y aquella noche me acosté muy triste.

Repasaba al chico, su inteligencia, las emociones que creía olvidadas en mi corazón, pero que sólo dormían esperando al que supiese despertarlas. Un hombre de calendario, casi un niño, me las había vuelto a hacer sentir.

Cerré los ojos y me quedé dormida. Y sentí otra vez sus manos en mis pechos y una suave embriaguez recorrió mi cuerpo. Me estremecían sus dulces caricias, como si él volviese a estar conmigo.

Abrí los ojos de pronto, emocionada, y allí estaba otra vez mi chico de octubre.

Polvos milagrosos*

*A María José Morquecho
una buena amiga que se parece a la Virgen*

Un día de este último marzo, tan luminoso y tan calmo, la Virgen María estaba pensando en sus cosas. Ya sabéis, a comienzos de la primavera ella tiene que embarazarse para que todos tengamos la Navidad a su hora, en diciembre, al principio del invierno, que es cuando nos cae bien a todos, unos porque pillamos vacaciones, otros algún puente y los que pueden porque ya tienen hecha la reserva del hotel en los Alpes suizos dos meses antes, para pasarse estos días con la querida en la nieve.

Pero es que hay que tener presente que la Virgen se trae este trajín desde hace dos mil años, redondeando, que un año menos o más no importa mucho a esta historia. Año tras año embarazándose ella, en marzo, para que en diciembre nazca dios, que las tradiciones siempre se hicieron así, poniendo a muchos de acuerdo y

* *Polvos milagrosos* fue el relato ganador del I Concurso "Mil palabras que nos regalen tu vida", celebrado en diciembre de 2002, por decisión unánime del jurado.

fastidiándose unos pocos.

Porque esto del diciembre mágico no empezó con María, no. Ya Osiris y Orfeo y Dionisos y no sé cuántos más dioses nacían el veinticinco de diciembre. Aunque no sabría explicar la razón, pues los egipcios y los mesopotamios y los griegos no sé yo que fueran a esquiar a los Alpes suizos por Navidad, la verdad.

En estas cavilaciones estaba la Virgen María este marzo pasado, ya digo. Y dado que cada año se le va haciendo más cuesta arriba el milagro, eso de quedarse embarazada, parir al Niño Jesús y encima continuar siendo virgen, no estaba muy contenta a pesar del buen tiempo.

La verdad es que ya no le gusta ni un pelo su papel, que todo cansa. Era el día de san José y entró en la carpintería. Su marido creía que venía a felicitarle, por lo del santo, y sonrió a la Virgen como un pánfilo. Pero María estaba en otra cosa, como se ha dicho, y le soltó de corrido:

-Mira, tío, somos una pareja estable, una pareja de hecho y, además, estamos casados. Para colmo, somos mujer y hombre, que parece más discreto, ¿no?, aunque de vez en cuando discutamos, como todo el mundo, ¿no?, por esas pequeñas diferencias sobre el porvenir y la educación de nuestro hijo. Pues eso, que tener puntos de vista distintos no es malo en una relación de pareja. O sea, que nuestra vida es normalita en todo, somos como cualquier pareja de vecinos. Salvo en eso... en que a nosotros no se nos oye, que no es que sea fundamental, ¿no?, pero, la verdad, de vez en cuando me gustaría tener a un Niño Jesús como todo el mundo, que sea nuestro, que se nos oiga. Estoy segura de que seríamos más felices siendo una pareja como

todas también en esto. Llevamos más de veinte siglos, que se dice pronto, encargando el Niño al Espíritu Santo, y yo me estoy cansando de hacerlo siempre igual, siempre la misma postura, la misma sumisión. Además, que es un embarazo de lo más cutre, porque no me digas que viajar en burro por esos caminos de Dios, estando como estoy siempre fuera de cuentas y a punto de parir, no es un poco demasiado hortera, vamos, que un burro es lo que mejor combina con una mujer con la barriga puesta. Un año de estos tengo al niño antes de llegar al portal de Belén, en cualquier cruce de caminos, ya verás, me veo ya en el barro revolcándome de dolor, imagínate si el niño viene torcido esta vez, tú me dirás qué hacemos, porque no tenemos ni móvil para llamar al SAMUR. Y esto no es lo peor, que el 24 de Diciembre es fiesta y, aunque avisemos a urgencias, a saber cuándo llegarán, en el caso de que lleguen antes del parto. Yo ya estaré histérica perdida para entonces, porque las vírgenes somos las más histéricas y tú lo sabes bien después de estos dos mil primeros años. Cuando llegue la ambulancia, después de habernos estado buscando por todos los caminos, cómo les dices tú que no, que al Severo Ochoa no, que nos lleven al portal de Belén... Lo más seguro es que terminemos mi hijo y yo en cualquier hospital, y entonces se habrán ido al garete los pastores, los ángeles, los reyes magos, la mula, el buey, los villancicos y todos los belenes, y con ellos los regalos y el Corte Inglés, no quiero ni pensar en el desastre. Aunque nosotros saldríamos ganando, pues ya no tendríamos que pasar ese frío de todos los años, expuestos allí en medio del portal a las corrientes, que es lo menos indicado para un recién nacido, que somos unos irresponsables, cualquier año lo

vamos a matar de una pulmonía al pobre hijo. Y esto sin contar con Herodes, que hace mucho que está en la pista y cualquier año da con nosotros. Cada vez estamos menos seguros porque, ahora, con la superpoblación y las superbombas, a nadie le extraña ya la matanza de los inocentes. Es más, yo creo que muchos se chivarían a ese violento si tienen la ocasión. Y todos estos desastres, por un simple berrinche de virgen histérica, que tenemos que evitar esta histeria como sea, José. Yo es que ya no aguanto más, José, que son dos mil años embarazándome del Espíritu Santo y lo que yo quiero lo tienes tú, José, no el Espíritu Santo, y eso es lo único que quiero.

Tanta elocuencia en su esposa, de natural modoso y discreto, asombró a José que, estupefacto, tardó en reaccionar. Cuando por fin lo hizo, exclamó:

-Tía, tienes más razón que una santa. A mí también se me han hecho muy largos estos dos mil años últimos. Si es que estoy hasta los huevos de que todo el mundo me tome por gay, que vaya cruz que me ha tocado, se dice pronto. Además, que nadie se atreverá a decir que tu hijo no es el hijo de Dios, a estas alturas. Y por el parecido no lo van a sacar, que en mí nadie se fija. O sea, María, ¿estás preparada para la ocasión?

A lo que contestó la Virgen:

-Hágase en mí según tu palabra -le costaba deshacerse de la fórmula, hay que comprenderla.

Y así es que comenzará el tercer milenio el próximo día 25, muy impuntual pero con un niño dios más natural, más moro y eso, con todos los genes bien combinados, como cualquiera de nosotros.

Y que no se anuncian tragedias o apocalipsis por ello, sino por el petróleo.

